

“Viaje, hacia el norte, del padre Linck, desde San Borja hasta los treinta y tres grados de latitud: sus particularidades...”
p. 429-478

Miguel del Barco

Historia natural y crónica de la Antigua California. Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



VIAJE, HACIA EL NORTE, DEL PADRE LINCK, DESDE SAN BORJA HASTA LOS TREINTA Y TRES GRADOS DE LATITUD: SUS PARTICULARIDADES. FÚNDASE LA MISIÓN DE SANTA MARÍA, PRIMERO EN CALAÑUJUE, EN DONDE NO PUDIENDO SUBSISTIR, SE TRASLADA A CABUJA-CAMANG, SOSEGADOS ANTES Y AMISTADOS LOS GENTILES QUE INTENTABAN DESTRUIR LA MISIÓN DANDO MUERTE AL PADRE Y A LOS DEMÁS. BREVE IMPUGNACIÓN DE UN MODERNO ANÓNIMO. SALEN DESTERRADOS LOS PADRES

En el año de 1765 llegó a Loreto el padre Juan José Díez,¹ quien, aunque se suponía destinado a las primeras cátedras de la provincia, antepuso a los aplausos humanos el voluntario destierro a las más remotas regiones de indios bárbaros, para traerlos al conocimiento de su Creador, y procurar la salvación de sus almas. Y porque no hubiese quien pretendiese retenerle en los colegios poniendo estorbos a la ejecución de sus deseos, los declaró en secreto sólo al padre provincial Francisco Zeballos, quien, conociendo ser esta ocasión de Dios, le señaló para la California; mas de suerte que nada se supo, ni aun entre los jesuitas, hasta que era ya tiempo de salir de México para su destino. Después de descansar unos días en Loreto, le envió el padre visitador a San Borja, con el mismo destino que el año antecedente había tenido el padre Victoriano Arnés, esto es, aprender el idioma del país, aliviar al misionero en lo que pudiera, y habilitarse para nueva fundación luego que se pudiese. De esta suerte se hallaron a un tiempo en San Borja tres sacerdotes, el padre Wenceslao Linck, como misionero en propiedad, y los dos para pasar

¹ Juan José Díez nació en la ciudad de México en 1735. Entró en la Compañía de Jesús en 1752. Poco tiempo estuvo en California, ya que su llegada fue, según lo consigna Del Barco, en 1765. De él hace aquí un amplio elogio nuestro autor. Juntamente con Linck y Arnés, el padre Díez pasó a trabajar en la misión norteña de San Borja. Más tarde salió con los otros jesuitas expulsados de la península y fue de los pocos que, después de su exilio en Roma, regresó a México, en cuya capital murió el 24 de junio de 1806.



después a nuevas fundaciones. ¡Tanto deseo tenían los jesuitas del adelantamiento de la conquista y de la cristiandad!²

El padre Arnés, después de un año que se hallaba en San Borja, dedicado principalmente a aprender aquella difícil lengua, estaba ya bastantemente expedito y con grandes deseos de pasar a fundar nueva misión. Con los mismos deseos de acompañarle en esta fundación se hallaba el padre Díez, que en pocos meses había hecho muchos progresos en aprender la lengua, mas no se encontraba sitio apto para tal establecimiento. En el espacio de 30 leguas que se habían caminado de San Borja para el norte, no se habían hallado sino pocos y muy escasos aguajes, incapaces, por eso y por el poco o ningún pasto que hay en sus cercanías, de una estable misión; no pudiendo mantenerse allí ni aun las cabalgaduras, para los soldados de escolta y los viajes necesarios del misionero a confesiones de enfermos distantes. Sólo había noticia del arroyo, que aquellos indios llaman Calañujuet, descubierto en el viaje que hizo por tierra el padre Fernando Consag, entre la sierra y el golfo, el año de 1753; pero la calidad de su agua, que en parte era agria, poca esperanza dejaba de que pudiera servir para cabecera de una misión. Era pues necesario recorrer más la tierra y penetrar por ella mucho más al norte.

Determinaron los padres, que se hiciese un nuevo viaje hasta el río Colorado, dirigiendo su rumbo por en medio de la tierra, llevando la sierra a mano derecha, pero en las cercanías de ella, para atravesarla cuando fuera tiempo y llegar a la orilla de aquel célebre río. Con esto se esperaba descubrir parajes en que poder establecer misiones. Y juntamente se haría más patente al mundo la unión de la California con el continente de la América, sin haber mar alguno, ni estrecho que las separe: cosa de que, se había sabido, dudaban algunos en Europa, aún después de los viajes hechos por los padres Kino, Ugarte y Consag, no obstante que por ellos está bastante

² Como se anuncia en el título, en que se enumeran las materias de que trata este capítulo, versa él sobre el postrer avance por las regiones del norte. El tono con que escribe Del Barco acerca de este asunto, viene a ser nueva prueba de la permanente esperanza que mantenían los jesuitas de alcanzar frutos mucho mayores en el septentrión californiano.

demostrada.³ Fue señalado para este descubrimiento por sus superiores el padre Wenceslao Linck que, por vivir en la frontera, tenía más práctica en el idioma y trato de aquellos indios que debían acompañar en la expedición, y aun de aquéllos por cuyas tierras había de transitar. La escolta de soldados no quiso el capitán comandante, don Fernando de Rivera, que fuesen menos de quince hombres porque, aunque es verdad que es grande el embarazo que causan en tales viajes muchedumbre de caballos o mulas, que es necesario llevar para remudar con frecuencia, y de otra suerte poco se puede caminar allí; y mientras más se aumenta el número de soldados, crece a proporción este embarazo, pero habiendo de llegar al río Colorado, discurría, con prudencia, que sería muy factible que la multitud de indios que habitan sus orillas, se pusiesen en armas al ver nuestra gente. Sabiéndose que en el último viaje que hizo a este río, desde la Pimería, el padre Jacobo Sedelmayer,⁴ los soldados de su escolta se vieron precisados a defender sus caballos, que por fuerza querían quitárselos aquellos indios habitantes de la margen izquierda del río, sin que bastasen buenas razones para que desistiesen de su intento, hasta que, puestos en batalla, y disparando unos y otros sus respectivas armas, los soldados mataron a varios de aquellos indios, y con esto huyeron los demás. Este suceso es de creer que luego se divulgaría por las rancherías vecinas, aun de la orilla opuesta, y que por él cobrase aquella gente aborrecimiento a los españoles y deseo de vengar aquellas muertes, siempre que se les presentase ocasión para ello. Si ahora vieses llegar a sus tierras solos ocho o nueve soldados, éstos se verían en gran peligro, y lo mismo el padre, y aquéllos tomarían mayor ánimo. A uno y otro

³ Alude aquí Del Barco al largo debate en torno de la peninsularidad de California.

⁴ El padre Jacobo Sedelmayer, misionero jesuita nacido en Inhausen, Baviera, en 1703, trabajó largo tiempo en las misiones de Sonora, llegando a penetrar a la Pimería Alta. Desde el pueblo de Tubutama realizó tres expediciones de suma importancia. En 1744 siguió el valle del río Santa Cruz y avanzando por territorio de lo que hoy es Arizona, exploró a lo largo del río Gila. En 1749 volvió a recorrer el Gila hasta su confluencia con el ya mencionado río Colorado. En 1750, atravesando por el rumbo de Sonoita, recorrió el país habitado por los yumas. El padre Sedelmayer, salió con los otros expulsos y murió el 12 de febrero de 1779. Del Barco hace aquí alusión al viaje de 1749 durante el cual llegó Sedelmayer a la confluencia de los ríos Gila y Colorado.

inconveniente se ocurría si los soldados fuesen en mayor número. Para que éstos tuviesen las cabalgaduras y remuda de ellas suficiente, y también la recua grande, que debía cargar los bastimentos para tanta gente y tan largo viaje, fue necesario que las misiones de Loreto y San Javier, y las demás que siguen hacia el norte, concudiesen con mulas y caballos; pues sin esta providencia no se podía poner en ejecución la empresa.

Llegados a San Borja los soldados que habían de ir a la expedición con el teniente del presidio don Blas Fernández Somera, que iba de jefe suyo, y dado algún tiempo para el descanso de las bestias de silla y carga, que habían venido de lejos, como queda dicho, salieron de San Borja con el padre Wenceslao Linck y buen número de indios cristianos en febrero de 1766.⁵ Caminaron algunos días por tierras, aunque estériles, faltas de pasto y arboleda, no tan ásperas como lo restante de la California habitado de la nación cochimí ya cristiana. Y generalmente se puede decir que toda la tierra que se descubrió en este viaje, es más llana o menos áspera que la que ocupan las misiones de la citada nación; a excepción de la sierra principal que corre en las cercanías del golfo, por todo lo descubierto, porque ésta tiene por lo menos igual aspereza, si no mayor, por esta parte que por las demás. Muchos días caminaron sin hallar sitio que pudiese servir para fundar misión. Los pocos aguajes, que tiene aquel dilatado territorio, son tan escasos que apenas tenían el agua suficiente para beber la gente y las cabalgaduras que llevaban. Sólo hallaron en este tracto de tierra dos parajes que les pareció a nuestros caminantes que podrían ser de algún provecho a una misión, si a distancia proporcionada se hallara mejor sitio

⁵ Da aquí principio Del Barco a su relato sobre la célebre expedición emprendida por Linck. Al publicar el historiador jesuita Ernest J. Burrus —en versión inglesa— el diario que dejó Linck de esta expedición, destaca la importancia de lo que acerca de ella escribió Del Barco, a cuyo manuscrito tuvo acceso sobre la base de una copia obtenida en la Biblioteca Nacional de Italia. Véase *Wenceslaus Linck's Diary of his 1776 Expedition to Northern Baja California*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed., trad. y notas), Los Ángeles, Dawson's Book Shop, 1966 (Baja California Travels Series, 5), p. 17, n. 13 y *passim*. Debe notarse, además, que dicho diario había sido publicado ya anteriormente en castellano en *Noticias y documentos acerca de las Californias, 1764-1795*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1959 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 5), p. 14-40.

para fundarla. El primero era un arroyo que, por su amenidad y verdor, llamaron La Hermosura. El segundo, una dilatada laguna, cuyas orillas estaban verdes y amenas.

Caminando más adelante, descubrieron un arroyo en el cual, y en sus cercanías, había abundancia de pastos y muchas palmas, y de buena calidad, porque son de aquella especie de palmas que tienen la madera roja, que es fuerte y a propósito para edificar. Tiene varios agujajes que, aunque no son tan abundantes que puedan regar tierras de labor, lo son bastante para que beban los ganados que allí se pusieren; para los cuales tiene también este sitio la comodidad de buenos sombríos. Pusiéronle por nombre San Juan de Dios, y les pareció a todos muy a propósito para poner en él un rancho de ganado mayor, para abastecer de carne una misión, si se hallara no muy lejos paraje dónde establecerlo. Halloose éste muy oportunamente a las cuatro o cinco leguas que, de San Juan de Dios, caminaron adelante. Y es un arroyo hacia los 32 grados de latitud, abundante de agua corriente, y de mucha frescura. Observaron que tiene a uno y otro lado buenos pedazos de tierra, que se pueden sembrar; para cuyo riego es fácil encaminar el agua del arroyo. Parecióles a los caminantes que esta agua era tanta como la de la misión de San José Comondú, y que se podía establecer allí una misión con tantas siembras como aquella, para poder mantener su gente y aun socorrer a otras que lo necesitasen.

A este paraje llaman los indios de aquel país Güirí-Catá o Huiricatá.⁶ Mas los soldados, sin detenerse en aprender ese nombre, le llamaron *Villa-Catá*, o porque les pareció que así habían pronunciado los indios, o porque quisieron usar de este nombre más fácil para ellos; siguiendo el uso frecuente de los españoles en la América, de corromper los nombres que aquella gente tenía impuestos a los lugares y a otras cosas. Hízose juicio que, abriendo camino derecho, o sólo con las curvaturas necesarias, para llegar a los agujajes en que se debe descansar, distaría de San Borja de Adac cosa de 60 leguas o cinco días de camino. Y para complemento de lo apreciable de este sitio, hallaron en él, o en sus cercanías, grandes árboles de

⁶ Güiricatá. Es éste el lugar donde más tarde, en 1769, había de establecer fray Junípero Serra la única misión franciscana en la península: la que se conoció con el nombre de San Fernando Velicatá.

varias especies: álamos, guáribos, alisos, pinos y otros que no conocieron. De esta suerte la misión, que aquí se fundara, o en cualquiera otra población, estará proveída con abundancia de madera para edificar: beneficio de que han carecido las demás, exceptuando las del sur que tuvieron la suficiente. El descubrimiento de este arroyo, con su referidas cualidades, fue tanto más apreciable cuanto más se conocía ser ya impracticable el fundar en estos territorios misiones con el método que se observaba en los demás, si no se hallaban tierras fructíferas, capaces de fundar en ellas pueblos y mantenerlos con sus frutos; pues los recursos a Loreto en tan gran distancia serían impracticables o sumamente difíciles, así por mar como por tierra. Fuera de que pocas veces habría en Loreto tantos bastimentos, cuantos eran necesarios para abastecer a tantas partes.

Prosiguieron nuestros exploradores su viaje hasta los 33 grados o poco más,⁷ y fueron notando que desde San Juan de Dios para adelante muda algo de aspecto el país, y no se ve ya aquella suma aridez que experimentaron por todo el terreno que dejaban atrás, desde San Borja hasta San Juan de Dios. Hallaron varios arroyos con agua corriente que, aunque no sea de tanto caudal como el de Güiricatá, pueden ser útiles, y uno u otro aun para poner en él la cabecera de una misión. Por todo este espacio de tierra se ven las mismas especies de árboles como en Güiricatá, especialmente en la inmediata sierra, ¡suficiente prueba de la diversidad de terreno!

De los habitantes de este país notó el padre Linck que, desde Güiricatá (o sea Villa-Catá, según la corrupción arriba notada) en adelante, son más amables y confiados. A la primera vista de los extranjeros, solían ponerse luego en huída, como había sucedido con otros indios en semejantes entradas, preocupados del miedo de ver sobre sí, objetos tan nuevos, hombres de diverso color que ellos, vestidos y armados. Principalmente los caballeros eran para ellos causa no sólo de admiración sino también de espanto y pavor: mas luego que los indios cristianos de la comitiva del padre les decían que no huyeran, porque eran amigos y no venían a hacerles daño, se sosegaban, volvían y, reconociendo muestras de amistad en nuestra

⁷ Dado que San Fernando Velicatá se encuentra muy cerca del paralelo 30 de latitud norte cabe al menos dudar si es que de hecho la expedición llegó, como aquí lo asienta Del Barco, “hasta los 33 grados o poco más”.

gente, depuesto el miedo, se acercaban y respondían francamente a lo que se les preguntaba; descubrían los aguajes y daban guía, que los condujese hasta dejarlos en paraje donde pudieran tomar de otra ranchería quien los guiase para adelante. En uno de estos encuentros con gentiles, echando a huir la ranchería toda, una india viuda de un principal de su ranchería, de corazón animoso, sin dejarse sorprender del miedo a la vista repentina de los extranjeros y de sus caballos, sin moverse de su puesto, comenzó a dar voces a los que huían, y consiguió detenerlos con decirles que esperasen a ver si los que iban llegando eran amigos, como a ella le parecían. Recibidas luego pruebas de que la entrada de esta gente a su tierra era pacífica, trató a sus huéspedes con modales que desmentían la barbarie de su crianza como si hubiera tenido educación menos inculta que los demás de aquel país. Por esto, y por la autoridad que entre ellos tenía, parecía que era señora de aquella gente, y por lo menos era, entre ellos, señora. Cosa bien extraña en la California en donde no hay memoria que mujer alguna haya tenido semejante autoridad.⁸ Su vestido, aunque conforme a la suma pobreza de aquella gente y a la usanza del país, era en su especie sobresaliente, y era, por nuevo, más decente y vistoso el capotillo de que usan.

De mayor valor se mostraron en otro paraje los indios. Habiéndose adelantado a los demás unos soldados, y llegando repentinamente y sin intérprete a donde estaba una ranchería de indios, avisados éstos del tropel de caballos, se levantaron prontos, y, descubriendo a los soldados, tomaron sus armas, y, puestas las flechas en las cuerdas de sus arcos, salieron intrépidos a hacerles frente. Lo cual visto por los soldados, no teniendo orden de disparar, se retiraron, hasta que, llegando después un intérprete, y declarándoles que su entrada era de paz y sin querer hacer daño a nadie, luego sosegaron su cólera y trataron ya a sus huéspedes como amigos. En fin, en toda esta gente de este territorio reconoció el padre Linck, y los de su comitiva, que no habría dificultad para sujetarlos al evangelio, teniendo quien se le anunciase, y que, no obstante la

⁸ Véase a este respecto la nota 74 de nuestro “Estudio preliminar”, en la que se alude a la mujer indígena que, como capitana o reina, salió también al encuentro de otro misionero, el padre Ignacio María Nápoli, en su entrada entre los indígenas del sur, en 1721.

inquietud y sobresalto que causaba en ellos la primera vista de los extranjeros, era fácil el sosegarlos, y ganar su confianza; y ganada ésta, oían con atención y respeto las exhortaciones que el padre les hacía, principalmente sobre la necesidad de la fe y del bautismo para la salvación eterna. Y se lograron de esta suerte los bautismos de dos párvulos moribundos, y el de una viejísima india después de instruida, del mejor modo que el tiempo lo permitió; la cual murió poco después, de suerte que parece aguardaba sólo el bautismo para morir; y que Dios, con extraordinaria y amorosa providencia, la había mantenido la vida temporal hasta que, recibido el bautismo, la llevase a gozar de la eterna.

El traje de los hombres de todo este país, que se descubrió en este viaje, es el mismo que se ha hallado en todos los gentiles de toda la península, esto es, aquél con que nacieron; pero el de las mujeres es algo más honesto, o menos indecente, que el que usan sus paisanas desde San Borja de Adac inclusive, hasta Güiricatá exclusive (del cual queda dicho algo, tratando de la fundación de la misión de San Borja), porque vuelve a verse en las mujeres desde Güiricatá, o sea Villa-Catá, en adelante, por toda la tierra que anduvieron nuestros viajantes; el mejor modo de cubrirse en lo sustancial que se halló en casi todo el resto de la California, y que conservan aun las cristianas por la mayor parte: esto es, una piel de venado o ciervo, o si no, de berrendos o de nutria, colgada de la cintura por detrás, y unos hilos o cordelillos delgados, espesos y tupidos por delante; pero sin ensartarlos en los nudos de carrizo, sino solos los cordelillos sueltos y tendidos que, desde la cintura llegan a las rodillas, o más abajo, al modo que usan las mujeres de algunas rancherías de la nación guaycura. Cuando hace frío traen a la espalda o una de dichas pieles o un capotillo, de cuya formación hemos hablado en el tercer⁹ capítulo. Hállanse por este territorio algunas casas o chozas, cuyas fábricas, formadas de maderos gruesos, denotan que sus habitantes son más industriosos o menos aborrecedores del trabajo que los demás de la California, considerada en su gentilidad. Pero, habiéndolas hallado todas desiertas de

⁹ En el texto de Del Barco dice: capítulo XXV, que es el número que le correspondería, en caso de ser publicado conjuntamente con la obra completa de la *Noticia de la California* y en calidad de adición a ella.

moradores, infirieron que sólo las fabrican para refugiarse en ellas cuando llueve o en el mayor rigor del frío, que allí es bien intenso, pues nieva muchos años, ya que no sean todos; a nuestros viajeros les nevó en abril, caminando de regreso a San Borja. En lo más del tiempo son estos pueblos vagantes, y allí se ranchean donde la tierra les ofrece espontáneamente con qué vivir, unas temporadas en una parte y otras en otra, como lo hacen los demás californios. Con los cuales convienen también en traer los hombres taladradas las orejas, y algunos también la ternilla de la nariz que divide las dos ventanas de ella; y asimismo en los demás usos, según se puede conocer.

Después de varios días de camino, despacharon el padre Wenceslao y el teniente don Blas Somera, algunos que, montando la sierra, reconocieran el golfo: éstos de vuelta avisaron que el mar y la costa corrían hacia el norte o nornorueste. Después de otros días de caminar a pequeñas jornadas (como es necesario hacerlas en semejantes empresas, sin caminos y con tanto tren), volvieron a enviar otros exploradores a la sierra, y avisaron que la costa del mar comenzaba a correr para el nordeste, o sea nornordeste: con que conocieron que se hallaban a la altura de San Buenaventura, que el golfo se comenzaba a estrechar, y que no estaba muy lejos su remate. Prosiguiendo más adelante, despacharon nuevos exploradores, los cuales volvieron diciendo que no habían visto mar por todo lo que va al oriente y norte de la sierra, desde la cual sólo se descubría el océano. Con esto conocieron que era tiempo de atravesar la sierra, y bajar al río Colorado; pero, siendo tan agria como es por aquella parte, no podían las cabalgaduras pasar por ella y era menester caminar adelante para buscar algún abra o puerto, por donde fuese asequible el paso. Ésta, según las señas, es la sierra de Los Reyes. Desviándose de ella, para caminar con menos embarazos, dieron en unos arenales, que fatigaban mucho las bestias, y a todos la falta de agujajes que comenzaron a padecer.

La lengua de los cochimíes usada en San Borja les había servido hasta aquí, aunque con mucha variación, mas, al fin, los indios cristianos de la comitiva entendían a los naturales del país por donde transitaron cuanto bastaba a los caminantes. Pero ahora se hallaron con la novedad de otra lengua, que ninguno de los cristianos, que

acompañaban al padre, entendía.¹⁰ Nuevo embarazo para proseguir el viaje. Mas como en las rancherías confinantes con nación de diversa lengua, suele haber algunos que hablan los dos idiomas, fue necesario valerse de éstos para intérpretes de aquéllos. Y como los tales intérpretes usan de dialectos muy diferentes del que usan los de San Borja, que les cae muy lejos, para estos intérpretes era necesario otros intérpretes. De esta suerte, o por la mala inteligencia o mala explicación de unos y de otros (cosa muy común entre indios bárbaros), poco se pudo entender de lo que se les preguntaba. Sólo pudieron entender, y eso confusamente, que aún les faltaba que caminar tres o cuatro días, por arenales y sin aguajes, y que, más adelante, había mucha, mucha agua. Y esto se entendió, que sería el río Colorado. Aquí se hallaron dudosos de lo que debían hacer. Por una parte, les parecía cosa dura volverse, después de tanto camino y trabajo, sin llegar al mismo río; por otra, veían la imposibilidad si era verdad lo que decían, o les pareció que decían, los indios. Y si era verdad que les faltaba tanto que caminar, seguía después la dificultad de hallar paso, por donde atravesar la sierra y bajar al río, al cual no podían dejar de tenerle bien cerca, considerando el camino por el aire, aunque la sierra impedía el acceso y la vista. Los soldados, a cuyo cargo estaba el cuidado de la caballada, representaron que no se hallaba en estado de sufrir la fatiga de los arenales, sin quedar inhábiles para el regreso a San Borja. En vista de esto, resolvieron el tornaviaje, que pudieron ejecutar con más facilidad, siendo ya la tierra y los aguajes conocidos. Llegaron a San Borja a mediados abril, habiendo gastado dos meses en esta expedición.

Algunos meses después se volvieron a reconocer los dos parajes que en este viaje se descubrieron, entre San Borja y Güiricatá, esto es, el arroyo que llamaron La Hermosura, y La Laguna, de los cuales arriba queda hecha mención, y se hallaron muy ajenos de aquella amenidad con que los vieron nuestros viajeros, y de que algunas extraordinarias lluvias los habían entonces vestido; porque el arroyo se ha visto después en diversas ocasiones seco y la gran laguna se ha reconocido no ser otra cosa que unas llanuras coronadas de

¹⁰ Probablemente entraron entonces en contacto con indígenas de la familia yuma, cuya lengua era distinta de la cochimí.

cerros, las cuales, en las más abundantes lluvias, se cubren de agua, por correr a ellas, como a su centro, la que cae de las nubes en aquellos contornos; mas, pasado algún tiempo, se seca, de suerte que sólo se halló agua en un zanjón de tres o cuatro varas de largo, en una de las entradas a aquellas llanuras: queda lo restante seco, con un suelo barrial lleno de grietas o hendiduras. Esto se advierte, lo primero, para decir sencillamente lo que hay o no hay en realidad en aquella tierra. Y, lo segundo, porque quien hubiera leído el diario que de este viaje escribió el padre Linck, o el que por su parte formó el teniente Somera sobre el mismo viaje (y que remitieron a México y al señor virrey), y viere o supiere lo que en realidad son los parajes de que hablamos, no lo atribuya a falta de veracidad de nuestros viajeros. Porque ellos escribieron lo que hallaron y descubrieron en el tiempo de su viaje, sin meterse a adivinar el semblante que en otro tiempo tendrían aquellos parajes. Y ni aun entonces hicieron tanto aprecio de ellos, que los tuviesen por aptos para establecer una misión. En los primeros descubrimientos de tierras antes incógnitas es fácil cometer semejantes yerros, cuando se registran poco tiempo después de algunas extraordinarias lluvias, con las cuales la tierra se viste de verde, y los arroyos corren por unos días; y algunos (aunque pocos en la California), por dos o tres meses, volviendo después a su natural aridez y sequedad.

A este principio se deben atribuir las grandes alabanzas que de la fertilidad de la California hace el padre Francisco María Pícolo en su informe del año 1702, lleno de tantos yerros, que en él (no obstante la gran veracidad y buena fe de este padre), representa la California muy otra de lo que es.¹¹ Por la misma razón se pudiera dudar si la abundancia de agua corriente, que hallaron nuestros viajeros en Güiricatá y otros parajes, será o no permanente, y más cuando de hecho se ha hallado después que La Hermosura y La Laguna desaparecieron del todo. Sin embargo, la arboleda que vieron desde el citado arroyo de Güiricatá en adelante, muestra que la tierra por aquella parte muda de aspecto y que no produjera tales

¹¹ Véase Francisco María Pícolo, S. J., *Informe del estado de la nueva cristiandad de California y otros documentos*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed.), Madrid, José Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 14).



árboles, como allí se hallan, según queda dicho, si no estuviera bastante proveída de aguajes permanentes; los cuales, aun cuando no se mantengan siempre con aquel caudal de agua con que los vieron en este viaje, puede esperarse que queden siempre con la suficiente para fundar más de una misión.

Desengañados los padres de que, para este fin, no se hallaba sitio a propósito en la vasta extensión de 60 leguas de terreno; esto es, desde San Borja a Güiricatá, y considerando que, si desde luego se fundaba una misión en este último paraje, sería dejar mucha gentilidad a las espaldas, que haría arriesgada y difícil la comunicación con las demás misiones;¹² la que fácilmente podían enteramente cortar, en caso de no querer sujetarse, y de hacer guerra a los españoles, quedando el padre misionero y su escolta sin socorro, y con el peligro que se deja entender, determinaron que, sin detenerse más en dificultades, trabajos y pobreza, se estableciera una misión hacia la medianía del ya mencionado y dilatado país, la cual, después de pocos años, serviría de escala para fundar otra en Güiricatá. Y entre tanto se proveería de San Borja, y de lo que esta misión pudiera de suyo suministrar, que era alguna carne, y ya de lo que a ella vendría de Loreto o de otras misiones, para que de allí se transportase a la nueva ideada misión. Y considerando que todos estos socorros necesariamente habían de ser muy cortos, aunque no fuera sino por haberse de conducir desde tan lejos por mar y por tierra, era necesario que los nuevos misioneros hiciesen el ánimo a vivir con una estrecha economía manteniendo muy poca gente en la cabecera y absteniéndose lo posible de los gastos que suelen hacerse en agasajar a los indios, no siendo en casos indispensables, para poder con los pocos víveres sustentar a los catecúmenos y a la escolta que, como soldados del rey, cuya subsistencia y manutención estaba a cargo de los padres, era necesario tener la debida atención a que no les faltase el ordinario sustento.

Fueron señalados para esta fundación, por el padre Lamberto Hostell, visitador en aquel tiempo de la California, los padres Victoriano Arnés y Juan José Díez, los cuales, por el deseo que tenían

¹² Este sabio proceder dio de hecho lugar a la erección de las distintas misiones californianas a conveniente distancia entre ellas y sin dejar grupos intermedios de gentiles.

de emplearse enteramente en la conversión de la gentilidad, sin reparar en trabajos y pobreza, recibieron gustosos esta asignación, que ya deseaban. El sitio que se escogió para el nuevo establecimiento fue en el arroyo llamado de los indios Calañujuet, descubierto la primera vez en el viaje que hizo por tierra el padre Fernando Consag el año de 1753, del cual y de su agua, con la rara cualidad de ser agria, queda hecha memoria en el capítulo II.¹³ Hállase este paraje como 22 leguas distante de San Borja de Adac, a los 30 grados y medio, y algo más de latitud, a la falda de una alta sierra que llaman Jubai, en diferencia de la costa oriental de tres a cuatro leguas, enfrente de una pequeña bahía, que el citado padre Consag llamó de San Juan y San Pablo. Prefirióse este arroyo a otros, por haber en él agua corriente en copia suficiente a regar dos pedazos de tierra, que por unos y otros lados del arroyo se extienden no largo espacio; los cuales sembrados, se esperaba serían de mucho alivio a la misión, sustentándola alguna parte del año; porque, aunque se sabía de la mala calidad de esta agua, para el uso ordinario, tenían esperanza que podría servir para el riego de las sementeras. Y de unas pozas de agua recogida de las lluvias, que se hallaron en aquellas cercanías, se traería el agua para beber los padres y los soldados; porque los indios, o por estar acostumbrados a tal agua, o por ser de paladar y estómago nada melindrosos, la bebían de buena gana, sin experimentar por eso daño en su salud. Había también aquel aliciente de cantidad de tule, o espadaña, con que techar las casas.

Estas se fabricaron de adobes, y todo se reducía a tres piezas, una de ellas destinada a guardar los víveres, en que se acomodó la única puerta que pudo conseguirse; las otras dos eran para capilla y habitación de los padres. Los cuales se mudaron a este puesto, y llegaron a él, el día 14 de octubre de 1766, consagrándole con el bautismo de dos párvulos, que a este fin ofrecieron sus padres, comenzando éstos aquel mismo día, a ser catecúmenos.¹⁴ A éstos se

¹³ En el manuscrito de Del Barco dice: capítulo XXIV. Véase a este respecto lo que ya se señaló en la nota 9.

¹⁴ Se dio así principio a la última de las misiones que fundaron los jesuitas en California. Ésta, que recibió luego el nombre de Santa María de los Ángeles, hubo de trasladarse poco después, según lo referirá el mismo Del Barco, a un sitio, algo al norte, que pareció más adecuado.



fueron agregando otros, que se instruían en la doctrina y vida cristiana, preparándose para el bautismo, el cual recibían después de hallarse con las disposiciones necesarias y convenientes. Bautizados éstos, entraban en la instrucción otros gentiles, que pretendían el bautismo del modo que queda dicho en la fundación de otras misiones; con sola la diferencia que aquí, por la pobreza y escasez de víveres, no se podían mantener a un tiempo tantos catecúmenos en la instrucción. Mas, con todo eso, la aplicación de los padres en su enseñanza fue tal que en menos tiempo del que solían en otras misiones, aprendían la doctrina y se hallaban capaces del bautismo; el cual recibieron, en menos de un año que estuvo la misión en este paraje, como doscientas personas entre párvulos y adultos. De los que se habían bautizado en San Borja y debían pertenecer, según sus territorios, a la nueva misión, pasaron a ella con los padres algo más de cincuenta, entre los cuales era el principal uno llamado Juan Nepomuceno, de quien se debe hacer particular mención en este lugar. Siendo gentil, con su valor e intrepidez, se había hecho como señor (o *uavai*, como ellos dicen, o sea *guaguai*), de su numerosa ranchería que se llamó después la de San Luis Gonzaga. Hizo guerra a otras rancherías, con tal suceso que quitó la vida a los más de sus individuos, de suerte que sólo quedaron vivos aquellos pocos que pudieron huir, y librarse de sus manos, y de las de los suyos. No sabemos cosa cierta sobre el motivo de estas hostilidades. Se dijo que éste fue uno de los que, siendo gentiles, quisieron impedir el bautismo de otros más cercanos, que ellos, a la misión de San Borja, que trataban de hacerse cristianos, y, no pudiendo de otro modo estorbarlo, los mataron, como queda referido al capítulo III. Pero si Juan Nepomuceno fue uno de éstos, no le cogieron los cristianos cuando los dieron el asalto, los aprisionaron y llevaron a San Borja.

Lo cierto es que con estas y semejantes hazañas había puesto terror a toda la gente de aquellos territorios. Estaba casado (como hombre de tanta autoridad), con dos mujeres, de que tenía hijos. Cuando Dios usó con él de su misericordia, llamándole a su conocimiento y a su fe, se fue a San Borja solo, sin sus mujeres ni hijos, a pedir el bautismo, el cual recibió después de la ordinaria instrucción, y probada su constancia. Desde San Borja envió a llamar a sus mujeres e hijos para que viniesen a Adac, y se hiciesen cristianos.

Hicieronlo así, y a su tiempo se bautizaron, y Juan Nepomuceno se casó con una de las dos según el rito católico. Acompañando a esta familia, llegaron a San Borja como setenta gentiles, los cuales poco a poco se fueron bautizando. Demás de lo dicho, añade el padre Victoriano Arnés (que después fue su misionero en la nueva misión de Santa María), lo siguiente, hablando de este Nepomuceno: “Este capitán fue muy célebre por su valor y destrozo que hizo de varias rancherías, siendo gentil. Y, después de bautizado, se hizo obedecer de muchos cristianos que componen su ranchería y respetar de los gentiles. Se porta bien, tanto que en la misión de Santa María él, con su ranchería, han sido el desempeño en todo aprieto y los que ayudaron más que todos a los trabajos necesarios de la nueva fundación, y los que iban trayendo al bautismo otras rancherías.”¹⁵

Luego que se establecieron los padres en Calañujuet, se dispuso un pedazo de tierra, que se sembró de trigo, el cual nació bien, y creció un poco; mas, con la continuación del riego, se fue cubriendo la tierra de una tez blanca originada de las partículas extrañas, especialmente de alcaparrosa, que consigo trae el agua. La cual entonces se reconoció que era más a propósito para esterilizar campos fecundos que para fecundar los estériles, porque vieron que el trigo se fue secando todo cuando comenzaba a crecer. Tiene también esta agua la propiedad de gastar y consumir la ropa blanca que se lava con ella. Sólo la hallaron a propósito para dar el primer cocimiento a los frijoles y otras semillas, con que quedan muy blandas. Demás de esto, experimentaban en este sitio una gran falta de pastos para mantener los caballos de los soldados de escolta, que eran (por ser frontera de la gentilidad aquella nueva fundación) ocho o diez hombres; padeciendo la misma falta las bestias de la misión, necesarias así para que los padres salieran a las confesiones de enfermos muy distantes, como para el acarreo de víveres y de cuanto era menester, por lo menos desde San Borja. Había el padre Linck dado a estos padres un poco de ganado menor, para algún alivio en sus trabajos; mas a poco tiempo, consumido lo que tenía

¹⁵ Cabe pensar que esta cita que hace Del Barco de su colega, el padre Victoriano Arnés, procede de algún escrito de éste último, preparado probablemente a solicitud de nuestro autor. De hecho consta que el padre Arnés, al salir expulsado de California, pasó también los últimos años de su vida en Italia.

que comer en el arroyo, se hallaba en la misma necesidad que la caballada. Registraron la inmediata sierra de Jubai, que es alta, y la subida es difícil, arenosa y sin descanso. Hallaron en su cima dos pequeños manantiales de muy buena agua, pero en sitios en que no podían tener otro uso que apagar la sed. Hay en esas alturas muchas y muy altas palmas y algunos pinos; mas las pequeñas llanuras que hay en este paraje están como las laderas de la sierra, desnudas de pasto, a excepción de las cercanías de los aguajes, en que había algunas yerbas. Enviaron los padres a esta sierra el ganado menor para que lograran aquel poco alimento cercano a los aguajes; mas habiendo estado allí un solo día, volvió muy disminuido, habiendo muerto no poco de frío, según decían; por ser muy intenso el que hace en aquella cima, en donde dicen que suele nevar, como en la sierra de San Borja. Registraban por varias partes la tierra por ver si hallaban paraje menos ingrato a donde mudar la misión; pues en donde estaba no podía subsistir, donde faltaba todo; y aun el agua para beber se traía en bestias, a media legua de allí; mas no se hallaba lo que buscaban.

A pocos meses de vivir los padres en Calañujuet comenzó a enfermar el padre Juan José Díez, fuese por los trabajos y malpasar en cuanto a alimentos, o fuese por el agua u otro motivo. Llegó a ponerse tal que se temió de su vida, o que no pudiese en algún tiempo recobrar la salud. Noticioso de esto el padre visitador (que lo era en ese tiempo el padre Benno Ducrue)¹⁶ dispuso que luego, antes que se agravase más, se retirase a San Borja; en donde, habiéndose restablecido algún tanto en pocos días, el mismo padre visitador le llevó consigo a su misión de Guadalupe, para atender con más cuidado a su salud; la cual quiso Dios que recobrase presto; y fue enviado de misionero a la misión de la Purísima Concepción, en donde estuvo hasta el arresto de los padres (que fue menos de

¹⁶ Benno Ducrue nació en Múnich, Baviera, en 1721. Ingresó a la orden jesuítica en 1738. Trasladado a México en 1750, entró en California poco tiempo después. Entre las asignaciones que tuvo, fue la primera la misión de La Purísima. Durante los últimos años, antes de la expulsión, ocupó el puesto de visitador general. Al padre Ducrue se debe el relato que hemos citado ya varias veces, escrito en latín, acerca de las penalidades que hubieron de sufrir él y sus compañeros al salir como exiliados de California con rumbo a Europa. Ducrue murió en su ciudad natal de Múnich, el 3 de marzo de 1779.

un año), y notablemente estimado y amado de aquellos indios. Con la retirada del padre Díez quedó a cargo de solo el padre Victoriano Arnés el cuidado de la misión y sus cristianos y catecúmenos, y el de buscar sitio a que trasladar la misión; cosa que no daba treguas, por la imposibilidad de permanecer mucho tiempo en Calañujuet. Ya se habían reconocido los contornos por seis, ocho, o más leguas, pero inútilmente; por eso fue necesario extender estos viajes hasta quince y veinte leguas, y aún más.

Por este tiempo, que era en la primavera del año 1767, avisaron al padre Arnés que la ranchería Calañujuet, gentil todavía, y distante como veinticuatro leguas hacia el norte de la misión situada aún en Calañujuet, quería destruir y asolar dicha misión; porque, decían que era fácil matar de noche a los soldados, pues vivían todos en una casa, esto es, en una pieza o cuarto donde era aún más fácil matar al padre (a quien sólo dos muchachos acompañaban de noche; y ni aun puerta tenía en su casita), y a la gente que vivía en la misión que era poca, y apenas llegaría a doce familias. El motivo que tenían para este atentado se decía que era porque sentían mucho que las mujeres mozas se fuesen a la misión para hacerse cristianas; pues por el mismo caso las perdían ellos para sus malos fines, no teniendo esperanza de conseguir las después de bautizadas, y por eso querían acabar con el padre y con su escolta para impedir a las mozas esta retirada, y proseguir ellos dando a su brutal apetito más amplia esfera. Es cierto que acudían tales mujeres en no poco número a pedir el bautismo; pues comúnmente suele bautizarse antes la gente moza que los avanzados en edad, los cuales están más apegados a sus malas costumbres y libertad gentilíca. Mas como esta empresa, que intentaba la ranchería de Calañujuet, era muy ardua para ejecutarla ella sola, no obstante que era una de las más numerosas y más valientes de aquel país, convidó a otras dos gruesas rancherías (una de las cuales era la de Güiricatá o Villacatá), a una junta general y consejo de guerra, para que todas juntas deliberasen sobre este asunto.

Juntáronse estas tres rancherías, y la de Calañujuet propuso a las otras sus intentos, procurando moverlas a aliarse con ellos para la destrucción de la misión; y darle muerte a los extranjeros y a los cristianos de ella. La ranchería de Güiricatá (que el año antecedente

había sido muy acariciada de la afabilidad del padre Linck, y de los de su comitiva, en su viaje hacia el norte), respondió que ella no consentía en semejante atentado; pues los cristianos no les hacían daño alguno; que si la de Calañujuet quería poner en ejecución sus ideas, no contase con los de Güiricatá, porque no los acompañarían ni concurrirían a estas hostilidades. Como esta ranchería era muy numerosa, no se atrevieron las otras dos sin este socorro a poner por obra sus deseos de acometer a los cristianos en las misiones y en sus propias tierras, pero resolvieron esas dos rancherías hacer todo el daño que pudiesen a los cristianos que viniesen a las suyas. Noticioso el padre Arnés de lo que pensaba ejecutar la ranchería de Calañujuet, sin saber aún la resolución de aquella gran junta, pidió a las misiones más cercanas provisión de arcos y flechas, para que sus indios, ya que eran pocos, estuviesen bien armados. Enviaronle porción de estas armas, y luego hizo el padre que se ejercitasen en tirar al blanco, para que se adiestrasen para la defensa, si fuesen acometidos; y por lo menos para con esto hacer ruido y aparato de guerra, y meter miedo a los gentiles, los cuales no tardarían en saber estas prevenciones militares.

En este tiempo le fue necesario al padre hacer nuevo viaje en busca de sitio donde trasladar la misión. Había tenido noticia de un arroyo llamado Cataviñá en la costa del océano, que tenía mucha agua. Fue a reconocerle y halló que, en corto tramo de tierra, tenía el arroyo variedad de aguas, unas dulces y otras saladas; pero todo era inútil para el intento por falta de tierras, que el agua pueda regar. Estando en este paraje, dieron aviso al padre Arnés que los gentiles de la ranchería de Calañujuet quisieron matar a un neófito recién bautizado que había ido a esta ranchería; pero que un pariente suyo, gentil, le defendió y libró de la muerte. Dudoso el padre de la resolución que tomaría para contener a estos gentiles, y no llegaran a efectuar en otro cristiano lo que habían intentado con éste, le sacó de sus dudas Juan Nepomuceno, capitán de la ranchería de San Luis Gonzaga (que ya casi toda era cristiana), que era uno de los de la comitiva, diciéndole que él, noticioso antes del referido atentado había despachado seis hombres de su ranchería armados de arcos y flechas, para aprehender a los que quisieron matar al neófito; y había tenido ya noticia que llegaron

de noche a la ranchería de Calañujuet, la asaltaron repentinamente; y habiendo apresado a seis familias, los demás habían huido y que ya caminaban con los prisioneros. Notable atrevimiento y temeridad la de este indio capitán en despachar solos seis hombres contra una numerosa ranchería. Pues, aunque, acometida de noche, huyeron los más, era de temer que, recobrados del primer susto, reconocieran que los agresores habían sido muy pocos, que los siguieran y acabaran con ellos. Pero su valor, y el feliz suceso que habían tenido en otras empresas, le hicieron acometer ésta con más ánimo que prudencia.

El día siguiente, que fue el 26 de mayo de 1767, llegaron al paraje donde finalmente se trasladó la misión, llamado de los indios *Cabuja-Camang*, o arroyo de peñascos, de que abundan los cerros inmediatos. Aquí los avisaron que el día siguiente, esto es, el 27, llegarían a este mismo sitio los prisioneros, como en efecto llegaron. Para recibirlos se hizo algún aparato de guerra, arrojando a varias palmas del arroyo, donde estaban rancheados, muchos arcos y flechas, de suerte que a primera vista conocieran los que llegaban la gran prevención y fuerzas de los nuestros. Habiendo convenido el padre con el cabo de los soldados que le acompañaban, sobre lo que se debía hacer, luego que llegaron, los llevaron a saludar al padre, quien los recibió con afabilidad y los agasajó con alguna carne. Mas, luego que se apartaron, mandó el cabo de escuadra asegurarlos con guardia de día y, atarlos de noche, con centinelas y lumbradas. De allí volvieron a la misión, esto es a Calañujuet, que era viaje de dieciséis leguas, y el cabo de escuadra hizo llevar a los prisioneros al cuerpo de guardia de los soldados, donde los tuvo presos un día. El padre envió en público a decir al cabo que le rogaba que se contentase con dar un ligero castigo sólo al principal de los presos y perdonara a los demás el que merecían, y que a todos les diese libertad para que se volviesen a su tierra.¹⁷ Condescendió el cabo, mandó dar ocho azotes ligeros al principal, y luego dio libertad a todos. Habiendo entendido ellos que, por la intercesión del padre se hallaban en libertad, fueron luego todos a darle

¹⁷ Sobre esta frecuente actitud asumida por los misioneros en los castigos que se daban a los indígenas véase lo que ya se dijo en la nota 27, del tercer capítulo de esta segunda parte.

las gracias. Con esta ocasión el padre suavemente los hizo conocer lo mal que habían hecho en querer matar un cristiano que ningún daño les había hecho, y juntamente les propuso algunas de las verdades eternas de nuestra religión católica y la necesidad de ser cristianos para salvarse.

Mostraron ellos deseo de hacerse cristianos, y tanto que quisieron quedarse desde luego en la instrucción, y disponerse al bautismo. Con efecto se quedaron allí ocho días para este fin. Y aunque para entonces, no teniendo paciencia para detenerse todo el tiempo necesario para aprender la doctrina, se volvieron a su tierra, sea por el deseo que tenían de ver a sus parientes, y sacarlos del cuidado que tendrían por ellos, o sea porque sabiendo que estaba para mudarse la misión a paraje mucho más cercano a su tierra, dilataron para entonces su instrucción, ellos volvieron a proseguirla con otros de su ranchería después de mudada la misión al nuevo sitio de *Cabuja-Camang*. Y después de bien instruídos se bautizaron varios de la misma ranchería de *Calañujuet*, y, entre otros, uno de los más principales, hermano del que recibió los azotes, y que decían haber sido la cabecilla principal del alboroto: pues lo ejecutado con ellos bastó para que no pensaran más en hacer daño a los cristianos. Que es muy propio de estos indios el amilanarse cuando se les muestra intrepidez y ánimo; como el ensoberbecerse y colmarse de avilantez e insolencia, cuando reconocen algún miedo en los contrarios. Cada día acudía más gente de la misma ranchería a pretender el bautismo; y el mismo castigado (que, por no sé qué motivo, había dilatado por algunos meses el volver a la instrucción), en fin había vuelto, y estaba con la esperanza de bautizarse en breve con otros muchos paisanos suyos, mas no pudieron tener esta dicha, por entonces, por el arresto de los jesuitas, que sucedió cuando aún no estaban bien catequizados.

No habiendo hallado el padre Victoriano, después de registrada la tierra de mar a mar, lugar alguno en que se pudiese lograr alguna siembra con que mantener su misión, siquiera por unos pocos meses, y siendo por otra parte necesario desamparar el paraje de *Calañujuet*; determinó establecerse en el arroyo de *Cabuja-Camang*, en un paraje situado a los 31 grados de latitud, distante del golfo californico cuatro leguas, en poco más altura que la bahía de San

Luis Gonzaga, de que dista cinco leguas;¹⁸ y del mar del sur, o contracosta, cosa de veinte leguas, a causa de los rodeos necesarios; mas considerando esta última distancia por aire, quizá no pasará de trece leguas. De suerte que, quien caminare por esta parte de la California de un mar a otro, tendrá que hacer el camino como de veinticuatro leguas; pero si esta distancia se mide por el aire, parece que sólo será de dieciséis a dieciocho leguas. Entiéndase esto dicho a poco más o menos, según lo que le pareció al padre que anduvo esta tierra sin camino alguno abierto y con otros cuidados mayores que el de medir distancias. A este sitio de Cabuja-Camang se trasladó la cabecera de la misión por haber en él un manantial perenne de buena agua, y, aunque no abundante, era la suficiente para regar la poca tierra, que allí había sujeta al riego, y capaz de cultivo, que sólo era la bastante para una moderada huerta. Y aun este corto pedazo de tierra es en gran parte salitroso, si bien el agua es tan buena que corrige y endulza con su riego lo salobre de ella, según se pudo reconocer en los pocos meses que allí estuvo este padre. Y un poco de trigo y algodón, que había sembrado, iba creciendo bien hasta enero de 1768, en que le mandaron retirarse.¹⁹ Este arroyo (como los demás de los contornos y los que siguen adelante hacia el norte), tiene abundancia de palmas altas y de madera fuerte que, cortada, se ve algo roja, muy durable y a propósito para servir de vigas en edificios, como sirven en el sur de la California semejantes palmas, cuyo terreno abunda o ha abundado de ellas. Pero no se había hallado esta especie de palmas fuera del sur, por todo el dilatado espacio de más de doscientas leguas, hasta estos arroyos del norte de que vamos tratando. Sólo se encuentran en algunas serranías, de tan extendido terreno, palmas de muy inferior calidad y de poca duración.

¹⁸ Esta última misión fundada por los jesuitas en California, no se halló, como lo indica aquí Del Barco, a los 31 grados de latitud, sino algo más abajo del paralelo 30; latitud que, con escasa diferencia, corresponde asimismo a la mencionada bahía de San Luis Gonzaga.

¹⁹ Buen testimonio es éste del no interrumpido esfuerzo por introducir la agricultura en las nuevas misiones. Así, la orden de expulsión encontró al padre Arnés con esa primera siembra, bastante promisoría que, al igual que a sus catecúmenos, tuvo también que abandonar.



A esta nueva misión se le dio el nombre de Santa María, dedicándola a la gran reina de los Ángeles, en memoria de la más insigne bienhechora de la California, la excelentísima señora doña María Ana de Borja, de cuyo caudal se había fundado, como la de San Borja, y se esperaba fundar otras varias misiones. Este paraje, en que se asentó últimamente la misión de Santa María, dista de Calañujuet, en que primero estuvo, cosa de dieciséis leguas al noroeste. Está al nornordeste de San Borja distante treinta y seis leguas. Respecto de Güiricatá cae al sur o sursureste a distancia, se hace juicio, como de veinticuatro leguas. Aquí se formaron, en lugar de casas, unas barracas; lo cual se entenderá mejor diciendo que aquella figura que formara un tejado de una pequeña casa, o de una sola pieza de ella, si toda junta a un tiempo se arrancara de las paredes y se pusiera en un suelo llano, ésta misma tenían estas barracas con sola la diferencia que aquí, en lugar de tejas, servían hojas de palmas, de cuya madera o troncos era la principal armazón de estos rústicos albergues; que, sin pared alguna, levantan su declive desde el suelo hasta el caballete. Los cuales, demás de la incomodidad de habitar en ellos, son a propósito para que las víboras (de que abunda la California) se escondan entre las hojas de palmas, que sirven de tejas y que llegan hasta la tierra, y entran dentro, especialmente de noche; teniendo también, por esta parte, en continuo riesgo la vida quien vive en tales chozas.

Todos estos terrenos son muy estériles: apenas se hallan pastos fuera de los arroyos que tienen alguna humedad. La leña es muy escasa. Los cirios (aquel árbol inútil, de que están llenos los territorios de la misión de San Borja) ya aquí son raros. Hay árboles de copal muy buenos y olorosos, algunos de medesá, y de otra especie parecida a éste en el grano o semilla. Las palmas producen por dátiles unos racimos de una frutilla redonda del tamaño de una avellana gruesa, que apenas tiene la carne, o comida, de una azufaifa,²⁰ y, dentro, un hueso redondo, duro como piedra, el cual tiran, comida la carne. No hay pitahayas dulces en este territorio, ni se hallan más desde la misión de San Borja en adelante, aunque hay de las agrias o agridulces en la de Santa María; pero aun de éstas, pasando

²⁰ Azufaifa: frutilla de un árbol de la familia de las ramnáceas.

más adelante se hallan pocas. En cuanto a caza, hay de las mismas especies que en lo restante de la California. Usan mucho estos indios cazar liebres con redes largas y como de una vara de anchas; las cuales juntan unas con otras con unos palitos, que hincan en la tierra, formando una especie de medio redil. Hecho esto, espantan en el monte las liebres, haciéndolas correr hacia las redes, donde topan, se enredan, y las cogen. El cual modo de cazar liebres usan también en otras partes de la península, aunque no en todas. También las cazan estos indios, de que vamos tratando, tirándolas cierto palito, que para esto tienen, el cual, arrastrándose por la tierra llega con ímpetu y quiebra las piernas a la liebre que va huyendo. La caza de venados la hacen, como los demás californios, con flechas. Y para facilitarla, usan algunos ponerse sobre su cabeza otra de una venada, antes muerta, que guardan para este fin.²¹ El hombre esconde su cuerpo entre pequeños matorrales, de suerte que sólo descubra la postiza cabeza de venada, moviéndola de modo que, desde lejos, parezca viva. Viéndola los venados, acuden y, estando a tiro seguro, los disparan la flecha.

Aunque hay escasez de frutas y semillas, tienen la facilidad de pescar en uno y otro mar, que abundan de diversas especies de peces muy buenos, y como por esta parte la tierra es angosta, aun los que viven en medio de ella pueden ir a la playa en medio día. Los playanos y los cercanos a ellos claro está que tienen mayor comodidad para la pesca. En sus usos y costumbres se diferencian de los demás californios, sino en lo poco que voy a referir. El modo de cubrirse las mujeres es el mismo que queda dicho de las de San Borja, su braguerillo en todo tiempo, al que en el invierno añaden el capotillo de pieles para defensa de la espalda, y algunos hombres la cubren con una piel de venado o berrendo. Uno y otro les sirven para que, cuando están calentándose alrededor del fuego, sentados sobre sus carcañales, tenga la espalda algún abrigo y le tenga también cuando caminan en el invierno en que llevan un tizón encendido algo arrimado al estómago. Usan el comer con cordelillo como

²¹ Es éste un interesante dato etnográfico, del cual existe un paralelo bien conocido entre los yaquis de Sonora.

los de San Borja y Santa Gertrudis.²² A los niños recién nacidos los meten en un hoyo de arena algo caliente que preparan dentro de su casita o especie de chocilla, y los cubren de arena hasta el cuello dejándoles sólo la cabeza al aire, con el gran riesgo de que le pisen quien entra no sabiendo de tal niño.

Sobre el punto de religión, aunque los padres de estas últimas misiones procuraron indagar si reconocían alguna deidad, a quien diese alguna especie de culto o adoración, no pudieron hallar rastro de ella.²³ Lo más que sacaron fue que dicen que en tiempos pasados vino del cielo un hombre para el bien de su país, y así le llaman el hombre venido del cielo; y en su lengua *Tamá Ambei ucambí Tevivihi*. Pero no dicen en particular en qué modo fue su bienhechor. Su memoria la celebran esos gentiles con una fiesta que llaman del hombre venido del cielo, y la hacen de este modo. Fabrican una casa de ramas, esto es, una enramada. Algunos días antes de la fiesta hacen trabajar mucho a las mujeres para que busquen y recojan de sus pobres comidas en abundancia, para recibir y regalar al hombre venido del cielo. Toda esta prevención la guardan en la casa, para el día señalado. El cual llegado, disfrazan a un mozo pintando su rostro o afeándolo con colores para que no sea conocido; y cubren algo su cuerpo con pieles. Éste se esconde detrás de un cerro, que no esté lejos de la casa, en la cual están los hombres de la ranchería para hacer el recibimiento. Las mujeres y muchachos se colocan lejos de la casa, pero a vista de ella y del cerro. Cuando el disfrazado conoce que es tiempo, o se le hace alguna señal, sale corriendo de su escondite y baja del cerro a carrera abierta, sin parar hasta la casa preparada, donde le reciben los hombres y presentan variedad de comidas. Él descansa y come, y los hombres comen con él, o guardan para comer después lo que les sobra, que es mucho de todo. Habiendo estado el tiempo competente dentro de la casa, sale de ella para volverse a su escondrijo y, a vista de todos, va subiendo el cerro, como quien se vuelve al cielo.

²² Se refiere a la práctica que ha descrito ya él mismo en la sección de contenido etnográfico.

²³ No obstante tal aseveración, ofrece nuestro autor, en los párrafos siguientes, noticias de sumo interés sobre las creencias y celebraciones de estos cochimies septentrionales.

Otra fiesta celebran en conmemoración o visita de sus difuntos. Viven persuadidos a que, cuando mueren, pasan los difuntos a las regiones del norte. De aquí tomaron ocasión los viejos para celebrar, a propia utilidad, una fiesta a sus parientes difuntos. Señalan el día en que éstos, sus parientes, han de venir del norte a visitarlos. Y con este motivo obligan a las mujeres a trabajar mucho más de lo ordinario, para prevenir mezcales en abundancia, y otras comidas que ellas buscan, con qué recibir y regalar a los parientes difuntos. Recogida esta provisión, la ponen el día señalado en una casita de ramas, que hacen para este objeto, y solos los hombres entran dentro, y comen todo lo prevenido. Las mujeres, entretanto, están retiradas en otro sitio con los muchachos, llorando por sus muertos parientes, persuadidas en que en aquel tiempo están comiendo lo que ellas han prevenido. Así engañan los viejos, principalmente los hechiceros o embusteros, a las mujeres para que trabajen en recoger comida para que ellos y los otros hombres coman a costa del sudor de las pobres mujeres. Si éstas rehusan tal vez el trabajo, las amenazan con enfermedades y muertes que harán venir sobre ellas; y de esta suerte, intimidadas, hacen lo que se les manda. De los mismos engaños y amenazas se han valido estos viejos infelices en toda la California conocida, para obligar a las mujeres a que les den de comer. Entiéndase esto del tiempo de su gentilidad.²⁴

Estas dos creencias, del hombre venido del cielo, y de los difuntos, o día de su conmemoración, pueden excitar la sospecha de que esta gente descende de cristianos, o de quienes han tenido algún conocimiento del misterio de la Encarnación del Verbo Eterno y de la conmemoración de los difuntos, que se practica entre los católicos, y que estas noticias se han ido difundiendo de padres a hijos, desfigurándolas más y más, como es natural en la rudeza de esta miserable gente. Quisieran los curiosos que sobre esto se hiciera una exacta averiguación, para saber si en algún tiempo, con la ocasión

²⁴ Puede compararse la descripción de estas fiestas y celebraciones los relatos que, sobre temas afines, dejó el dominico fray Luis de Sales, aunque a propósito de indígenas más septentrionales aún en la península de California. Véase fray Luis de Sales, *Noticias de la provincia de California 1794*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 6), p. 39-54.

de naufragio o por otro motivo, alguno o algunos europeos o americanos o filipinos, de que ya (dicen) no haya memoria llegaron a estas costas y, forzados a vivir entre esta gente salvaje, la enseñasen los dogmas católicos, de los cuales sólo conservan hasta ahora estos oscuros rastros ya casi borrados. Pero si no hay memoria (como no la hay), de tales extranjeros, que hayan vivido entre ellos, ¿cómo será posible averiguar que las dichas dos creencias traen su origen de la enseñanza de algún cristiano que en tiempo pasados haya vivido entre ellos? Uno de los dos misioneros de la de Santa María se inclina a creer que la noticia del hombre venido del cielo se introdujo entre estas gentes después de introducida la fe cristiana en la California y establecidas allí las misiones, siendo muy creíble que los mismos cristianos californios dando noticia de algunos dogmas católicos a los gentiles sus vecinos, éstos la comunicasen a otro y éstos a los de más adelante, y así, de ranchería en ranchería, se fue propagando cada vez más alterada esta noticia. Lo mismo se puede discurrir de la fiesta o conmemoración de los difuntos.

A esta conjetura se añade no poca fuerza si se advierte que, usando estos gentiles en las demás fiestas suyas el concluir las con el detestable uso libre de las mujeres, sólo éstas dos se celebraban sin intervención inmediata de ellas, indicio de que éstas tuvieran muy diverso origen que aquéllas. Mas todo esto no pasó de conjetura;²⁵ y se puede oponer contra ella que estos indios daban por muy antiguas estas dos creencias y fiestas; y no pudieran serlo, si trajeran su origen de los cristianos de las misiones más antiguas de la California, pues, en este caso, los padres que entraron a fundar la misión de Santa María, hubieran hallado aún vivos a muchos de los autores de estas dos fiestas. En fin, sobre estos y semejantes puntos todo lo que se halla es confusión y obscuridad. Y si algún crítico europeo quisiera averiguar con la mayor exactitud estas cosas de estos gentiles, o cristianos nuevos, presto se embotarán sus aceros, no oyendo otra respuesta que el decir que así lo han oído a sus mayores y que

²⁵ Con gran cautela reflexiona aquí Del Barco acerca de la conjetura, hecha por otros, acerca de una cierta forma de predicación cristiana entre los californios, anterior a la conquista espiritual emprendida por los jesuitas. Este asunto le dará asimismo ocasión de emitir algunos juicios sobre las formas de discurrir y de responder, características, según él, de los nativos de la península.

no saben más. Si se les quiere oponer alguna incoherencia o contradicción en lo que cuentan, quedan aturridos sin saber que responder; por no estar su entendimiento ejercitado en reflejar, ni discurrir. O si la persona que les pregunta es para ellos de respeto, y conciben que desean que les respondan sí, dirán sí; y si les parece que quisieran que les responda no, dirán no; principalmente cuando, por habérseles preguntado mucho o replicado, se confunden o aturden. No se entienda esto cuando se les arguye o hace cargo de algún delito personal; porque entonces, por lo común, son constantes en negar.

Establecida la misión de Santa María en Cabuja-Camang, proseguía aquí con felicidad la reducción de los gentiles a la verdadera fe de Jesucristo. Nunca faltaban catecúmenos en la instrucción, y, bautizados unos, cuando se hallaban aptos para este sacramento, entraban otros gentiles en su lugar a alistarse por catecúmenos en pretensión del santo bautismo.²⁶ Hubieran sido muchos más los bautizados si el padre Arnés hubiera tenido víveres en bastante abundancia para mantener más catecúmenos. Pero éste fue uno de los mayores trabajos que ejercitaron la paciencia de este padre, la gran pobreza en que se hallaba, que le impedía mantener y agasajar más a los indios. Muchos de éstos, antes que se fundara la misión de Santa María, habían estado en San Borja algún tiempo, por haberse bautizado allí; otros, por haber ido a visitar a los padres, habían observado lo que el padre daba a sus indios y, como esta fundación de la misión de San Borja se había hecho con la felicidad que ninguna otra de la California había logrado, pudo su misionero, desde el principio, socorrer y regalar con alguna liberalidad a su gente; y mucho más a los cuatro años o cinco de fundada. Habían, pues, visto los indios de la misión de Santa María, ganado mayor y menor en San Borja, habían visto siembras, de lo cual resultaba alivio actual y esperanza de mayor, en adelante, para sus paisanos. Todo esto echaban menos en su estéril terreno, y cuando debieran apreciar más por esto a su misionero, que por ellos sufría tantas incomodidades, y tanto se afanaba en procurar su mayor bien espiritual y

²⁶ Nueva alusión a la permanencia intermitente de los indígenas en la misión, debido a lo limitado de los recursos de que en ella se disponían, sobre todo en materia de alimentos.

aun temporal, no haciéndose cargo de esto, les parecía que su padre no los amaba tanto como el misionero de San Borja a los suyos; porque no tenía como éste con qué socorrerlos. De aquí nacieron quejas y hablillas, que todas iban venciendo la paciencia y constancia del padre Arnés.²⁷

Estas son las riquezas que los jesuitas habían ido a buscar a la California y de que han gozado todos los que, desde el principio de la conquista, hasta ahora, han fundado nuevas misiones. Y aunque en las más de las antiguas (no en todas), con la industria y trabajo del misionero en disponer y cultivar la tierra capaz de algún fruto, se ha conseguido el alivio de poderse mantener o todo el año o parte de él, pero los que pasaron a la California por lo común, fueron con el deseo de que los superiores les empleasen en fundar nuevas misiones, y en la conversión de los gentiles, sin que los trabajos y pobrezas les acobardasen para extender más y más la fe de Jesucristo. Bien que, como era necesario no desamparar a los indios ya cristianos sino proveerlos de misioneros que les diesen el pasto espiritual, a pocos padres podía caber la dichosa suerte de fundar nueva misión.

Esto no quiere creer el anónimo moderno autor de las *Averiguaciones Philosophicas sobre la América*,²⁸ hombre sin fe y sin religión, y que como no cree en más vida que la presente, ni otros bienes que los temporales, no se persuade que aún hay en el mundo quienes tomen sobre sí grandes trabajos y empresas heroicas sino por fines terrenos. Su obra está llena de falsedades, tan crasas que moverán la risa y el desprecio de cuantos tengan algún conocimiento de la América; o acaso la indignación de que salga a la pública luz una obra que en vez de ilustrar el entendimiento con verdades, le ofusca con errores, abusando, de esta suerte, de la pública fe y credulidad de los lectores. Entre otras muchas cosas (que no es de nuestro

²⁷ Las consideraciones anteriores dan pie a Del Barco para ensayar nueva defensa de la obra jesuítica en California. Como también habría de hacerlo Clavijero, se fija aquí Del Barco en la obra del prusiano Cornelius Paw al que llama “hombre sin fe y sin religión”, incapaz de comprender que haya en el mundo hombres que tomen sobre sí trabajos tan difíciles por otras razones que no sean las de lucro y de la propia conveniencia.

²⁸ Se refiere al ya citado, en la nota anterior, Cornelius Paw.

asunto el referir ni impugnar), dice que todas las cosas de Europa trasplantadas a la América degeneran allí: plantas, animales y aun los mismos hombres, de suerte que los hijos de europeos, que nacen en la América, ya degeneran algo, y que, a tres o cuatro generaciones, salen casi tan estúpidos como los indios incultos del país. ¿Qué falsedad más patente puede escribirse? Entre todas las cosas de la América, poseída de europeos, apenas habrá alguna tan fácil de averiguar como ésta. Cualquiera que ponga el pie en esta parte del mundo, necesariamente ha de tropezar con innumerables de estos americanos por nacimiento, y por origen europeos, y por poco que los comunique, conocerá al punto que son de entendimiento no menos despejado que los mismos europeos de origen y nacimiento.²⁹

Y hablando en particular de la California el citado autor, al gran siervo de Dios, venerable padre Juan María de Salvatierra, primer conquistador de la California, le propone como un inicuo usurpador de las riquezas de esta península, añadiendo que éste y otros más dilatados proyectos, para amontonar riquezas temporales para sí, y para su Compañía, le llevaron a tal conquista. Así trata a un hombre, en su tiempo, tan conocido en la Nueva España (y especialmente en México y Guadalajara) por un varón apostólico, tan desprendido de todo lo terreno, y sólo ansioso de la salvación de las almas, empleándose todo en conducir las a su Creador mientras le duró la vida, la que a sólo este fin pasó entre inmensos trabajos y peligros. Y de semejante modo trata al venerable padre Francisco María Pícolo, de quien dice que era más versado en la agricultura y comercio que en las disputas de la gracia; que en el sur de la California plantó viñas, las que probaron allí bien, y que sacaba de ellas mucho y buen vino. Del sur se extendieron las viñas, dice, a las demás misiones y el vino era en tanta abundancia que, sola la California, abastece a toda la Nueva España y le sobra para proveer de este género a las Filipinas. ¡Esto sí que es mentir sin rubor ni vergüenza! Hizo bien el autor en ocultar su nombre para no quedar infamado en el mundo como escritor sin honra, de mala fe y público impostor.

²⁹ Lo dicho aquí por Del Barco hace que con razón pueda incluirse también su nombre entre quienes han hecho acertada defensa de las realidades naturales y culturales del Nuevo Mundo.

Toda la Nueva España, y cuantos tienen particular noticia de ella, saben de dónde se provee y se ha proveído de vino. Muchos son los que tienen noticia de que produce este fruto la California; pero poquísimos los que alguna vez lo han probado. Todo el vino que salía fuera de la península, mientras estuvieron en ella los jesuitas, se reducía a algunas botijas cada año a los padres misioneros del río Yaqui, y a uno u otro de los otros ríos, para que tuviesen con qué decir misa; y en correspondencia retornaban éstos algo de frijol o garbanzo para el gasto de los padres que les enviaban el vino. Cuando el barco iba a Acapulco, solía enviar el padre procurador de Loreto una u otra botija con qué obsequiar al señor castellano y oficiales reales de aquel puerto, para que procurasen su buen despacho de carena, y algunos pertrechos de mar, según mandaba el señor virrey. A México solía ir una vez al año (y no siempre) una botija de vino al padre procurador de la California en México. A Guadalajara rara vez se envió una botija, y de venta ninguna como ni a México. Estas dos ciudades son las únicas con quienes tenía la California alguna comunicación; porque de ellas recibía la ropa y otras provisiones. Y, con todo eso, no iba a ellas más vino de la California que el ya dicho. Todo lo restante se consumía en la misma California, aun con no permitir su uso a los indios; para conservarlos sin embriaguez, que no conocían. Y con esto está dicho que todo el vino que allí había era realmente poca cantidad; pero a los enemigos de los jesuitas les importa el levantar de punto las cosas, multiplicarlas, y de cuatro hormigas, hacer cuatrocientos elefantes, para tener algo que decir.

Y en cuanto al padre Pícolo, se deja ver no menos claramente la mala fe del anónimo. Este padre nunca estuvo en misión en que se hiciera vino ni tuviera viña. Comenzó a fundar la misión de San Javier, y en aquel tiempo aún no había en la California ni una sola viña. Pasó después a la misión de Santa Rosalía Mulegé, en donde estuvo muchos años; y los últimos de su vida los pasó en Loreto, en donde murió. Ni en una ni en otra parte tuvo más vino, hecho en aquel país, que aquello poco que le enviaban, para decir misa, los misioneros de San Javier, y de San José Comondú cuando comenzaron a hacer vino en sus respectivas misiones: primero el de San Javier, y después el de Comondú, hacia los últimos años de la vida

del padre Pícolo. En el sur nunca fue misionero, ni hay memoria de que hubiese estado allí, ni aun de paso. Fuera de esto puede decirse que en esta parte de la California, esto es en el sur, nunca se ha hecho vino, porque si alguna vez han intentado hacer algo en Santiago, salía tan malo que apenas era bebible. En las otras misiones del sur ni aun se intentó. Últimamente es arbitrario y falso el decir que, por ver lo bien que probaban las viñas en el sur, se plantaron también en las otras misiones, porque en algunas de éstas había viñas y se hacía vino muchos años antes que se fundase la primera misión que estuvo en el sur, y fue en La Paz. Añádase que el padre Pícolo era de índole muy a propósito para las funciones de los ministerios, a que Dios le habían llamado, pero no para comerciante ni agricultor, y estas ocupaciones no se pudieran aplicar a otro con igual impropiedad que a este padre.

Mas como el intento del autor de las averiguaciones es, en esta parte, el denigrar a los jesuitas sin atender a la verdad ni averiguarla, habiendo hecho representar al venerable padre Salvatierra un papel tan ajeno y contrario a su santa vida y carácter apostólico, era consiguiente que, a su primer compañero en la California y segundo misionero de ella, el padre Pícolo, le sacase al teatro en semejante figura, para alucinar a sus lectores, y que de aquí infieran cuáles serían los demás misioneros habiendo seguido las pisadas de éstos. Baste lo dicho para que se conozca el crédito que se debe dar a un autor de tan mala fe que, no creyendo él al mismo Jesucristo ni las verdades que se dignó enseñarnos por su boca, quiere ser creído en lo que escribe con título de *averiguaciones*, aun cuando mucho de ello es tan lejos de estar averiguado que todo lo contrario es la pura verdad patente, cierta y bien averiguada. Esto sucede a quien escribe por pasión, de fantasía, sin cuidado de la verdad y sin verdadera crítica.

Cuando esto se escribió no se sabía quién fuese el autor de las *averiguaciones*, o sea *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*. Después se ha publicado, que es monsieur de Paw, prusiano.

Entre las estrecheces y trabajos que arriba quedan insinuados, procedía el padre Arnés estableciendo su misión; teniendo que sufrir no sólo a sus indios, sino también el disgusto de algunos de los soldados de su escolta que, como no estaban animados del celo de

la conversión de los gentiles a nuestra santa fe, sentían estar en aquel retiro y estéril tierra, en que, por uno y otro, era necesario que experimentasen algunas incomodidades. Así pasó en Cabuja-Camang algunos meses hasta que, a principios de enero del año 1768, le llegó orden de retirarse de San Borja, y de allí con los otros padres a Loreto para embarcarse, por haber llegado el decreto del rey, en que desterraba a los jesuitas de todos sus dominios. En su obediencia se retiró, dejando bautizados algo más de trescientas personas, entre párvulos y adultos, que se dividían en cinco rancherías; la una que vivía de asiento en la cabecera, compuesta de quince familias, y las otras cuatro vagantes en sus territorios respectivos; las cuales iban por su turno, una cada semana, a la misión para oír misa, pláticas y doctrina. Fuera de éstos, quedaron como treinta catecúmenos, que no se bautizaron, porque necesitaban aún de más instrucciones.³⁰

Aunque el arresto de los jesuitas de la Nueva España se ejecutó en casi todos los colegios de la provincia el día 25 de junio del año 1767, y en las otras provincias de misiones no mucho después, en la California como ultramarina, no pudo tener efecto hasta fines del año y principios del siguiente, por falta de embarcaciones en qué transportarse el comisionado y toda su comitiva; porque los barcos de la California ya habían salido de Matanchel con la carga acostumbrada de ropa y otras provisiones, cuando llegaron a aquel puerto las nuevas disposiciones y órdenes de su Majestad. En fin, en tres pequeñas embarcaciones se hicieron a la vela a mediados de octubre don Gaspar de Portolá (nuevamente nombrado gobernador de la California y que llevaba la comisión sobre los jesuitas de aquellas misiones con veinticinco soldados, un alférez y un capellán en una goleta; un teniente, con otros veinticinco soldados, en una balandra; y catorce religiosos franciscanos,³¹ que debían suceder en

³⁰ A continuación pasa nuestro autor a hacer un relato bastante detallado de la forma como se llevó a cabo la expulsión de los jesuitas de California.

³¹ Estos religiosos procedían de la provincia franciscana de Jalisco. En realidad no fueron ellos los que al fin sustituyeron a los jesuitas y realizaron la ulterior penetración en la Alta California. Gracias a las gestiones de fray Junípero Serra y fray Francisco Palou, semejante empresa iba a corresponder a otro grupo de franciscanos del Colegio apostólico de San Fernando. Así, los que primeramente

las misiones a los jesuitas, en una lancha, con un sacerdote secular que se les agregó. A pocos días de navegación padecieron una furiosa tempestad, que les puso en peligro de perecer; con esta ocasión se separaron; y, como ya entraba el tiempo de los vientos nortes, éstos les retardaron notablemente el viaje. Y aunque el gobernador Portolá llevaba orden del virrey de desembarcar en Loreto para tomar de sorpresa a los padres, mas viendo, por una parte que, después de cuarenta días de navegación, se hallaba a vista del sur de la California y a su extremidad; y, por otra, que para navegar de allí a Loreto, era necesario llevar el viento de proa; con gran dilación del viaje y no sin peligro, juzgó que en tales circunstancias no le obligaba el citado orden del virrey, y mandó se acercase a tierra la balandra.

Entró en la bahía de San Bernabé, y a fines de noviembre de 1767, dio fondo en el mismo paraje donde suele el galeón de Filipinas. Salieron a tierra y pasaron al inmediato pueblo de San José del Cabo. El padre misionero, que estaba en Santiago,³² tuvo pronto aviso de la llegada de los huéspedes y luego se puso en camino para San José con el fin de recibirlos y obsequiarlos, dando providencias para su subsistencia y regalo. Hallábase al mismo tiempo en el sur, por casualidad, el capitán de la California don Fernando de Rivera y Moncada, y llamado del gobernador Portolá, llegó a San José, con quien tuvo el gobernador largas y secretas conferencias y aunque a punto fijo no se supo lo que trataron, mas por las circunstancias y por los efectos, se conoció bien presto lo que fue.

Con las fabulosas noticias que habían corrido de las riquezas de la California, de que estaban los padres apoderados, se contaba también que el poder que allí tenían estos padres y su altivez era tal, que se debía temer mucho que, si el rey quería sacarlos de aquella tierra, se resistiesen, se rebelasen y pusiesen en armas la península, para su propia defensa, con lo cual se haría bien difícil la empresa. Por esto decían estos políticos, que, para el arresto de estos padres, no bastaría la fuerza si no iba acompañada de la industria. Parece que a esto aludía, lo primero, la carta del señor virrey, marqués de

marcharon, al tiempo del viaje de Portolá, hubieron de regresar a Nueva Galicia, dejando el campo abierto al grupo dirigido por el célebre fray Junípero.

³² Era éste el padre Ignacio Tirsch, del que ya se ha hablado en varias ocasiones y en la nota 9 de la página 370.

la Croix, qué en mano propia debía entregar el gobernador Portolá al padre superior de los misioneros de aquella provincia, que suponían moraba de asiento en Loreto, en que su Excelencia le expresaba la determinación de su Majestad, añadiendo que esperaba que los padres obedecerían con rendimiento y que, no obstante, para todo evento, llevaba consigo el gobernador cuarenta hombres armados; y, lo segundo, el orden ya insinuado de no tomar esta tropa tierra en otra parte que en Loreto en donde no debía entrar alguna de las otras embarcaciones de su convoy, si llegaba antes que el gobernador, a quien debían aguardar. Y si por alguna contingencia fuese necesario hablar con alguna persona de las existentes en la California, estaba intimidada a todos, pena de la vida, si descubrían el fin a que venían, ni lo sucedido con los jesuitas en la Nueva España. Todo esto se ignoraba en la California porque, después del arresto de los jesuitas, así en colegios como en misiones, ninguna canoa ni otra embarcación había pasado de aquella banda, que pudiera haber dado la noticia. Y aunque, comúnmente, después de haber llegado a Loreto los barcos de Matanchel (que solía ser a fines de junio), salía poco después uno de ellos para Yaqui, o el río Mayo, a comprar víveres, aquel año se omitió este viaje por haber allí los suficientes para unos meses. Con esto nada sabían los padres de cuanto sobre esto pasaba hasta la llegada del gobernador comisionado.

Éste, después de haber hablado con el misionero de Santiago, el padre Ignacio Tirsch, y mucho más con el capitán Rivera (que conocía a los padres a fondo, sus dictámenes y fidelidad), quedó enteramente persuadido a que, por parte de los padres, no había que temer ni la menor cosa, y que obedecerían los mandatos del rey con la mayor puntualidad sin ser necesaria tropa para esto, sino que hubiera bastado sola una carta del señor virrey (como les constase que no era fingida), en que les declara la determinación de su Majestad. Con seguridad podía el capitán Rivera decir esto, constándole la renuncia hecha por los jesuitas, pocos años antes, de todas las provincias de sus misiones, y en especial de la California. Y para el caso de que esta renuncia universal no fuese admitida, sabía muy bien el mismo capitán, que los padres de la California pretendieron poco después, que por lo menos se admitiesen la particular de las dos misiones del sur, siendo las de mejor terreno y más fama de

ricas. El padre Tirsch, informado de la comisión del gobernador, se volvió a Santiago, para dar providencia de juntar bestias de silla para todos, que eran treinta, y de carga para los bagajes, y despacharlas a San José para que se transportasen a Santiago. La mayor dificultad para el padre fue el buscar sillas de cabalgar para tantos; porque casi todos los recién llegados estaban sin ellas por haberlas metido en la balandra, que aún no parecía. En fin, haciendo las diligencias y esfuerzos posibles, se dispuso todo lo mejor que se pudo, y envió todo el avío a San José, con el cual pasó el gobernador con su comitiva a Santiago. Aquí se acabaron de aviar para el largo viaje a Loreto, para donde salieron unos en sillas, otros en suplementos de ella. El padre Tirsch se quedó en su misión de Santiago, sin hacer novedad, prosiguiendo en la ocupación de misionero, hasta que se le diese aviso para pasar a Loreto a embarcarse.

El gobernador estando aún en San José, escribió al padre procurador de Loreto, pidiéndole cabalgaduras que saliesen a encontrarles lo más lejos que se pudiese; para remudar de las que llevaría ya cansadas. Hizolo así el padre con el mayor empeño y, por no tener tantas bestias descansadas para viaje, pidió socorro a San Javier, y de éstas dos misiones se le envió el suficiente. Con esta ocasión supieron los demás padres, avisándose unos a otros todo lo que pasaba. En cuanto a salir ellos de la California poco tuvieron que sentir, estando ya prevenidos para esto, si se admitía la renuncia de que ya hemos hablado, y quedando los indios al cuidado de otros celosos misioneros. Y por otra parte, en cuanto a sus personas, se alegraban de que, sin pretensión suya, y haciendo la voluntad de Dios, se veían libres del cargo de almas; de los cuidados y trabajos anexos al ministerio, y de la soledad que se padece en aquellas misiones. Lo vivo del dolor, que sintieron todos, fue el saber que su religión estaba ya desterrada de todos los dominios de España por no poderse, antes de ahora, persuadir, que en esta monarquía entrase la persecución contra ella, padecida antes en Portugal y Francia. Esto, no obstante, adoraron la Providencia Divina, rindiéndose a sus altas disposiciones como debían, y a las de su rey y señor.

Llegó el gobernador con toda su comitiva a Loreto el día dieciocho de diciembre. Luego llamó al padre visitador, que lo era el padre Benno Ducrue, y estaba en su misión de Guadalupe. El cual, con la

mayor celeridad pasó a verse con el gobernador en Loreto; en donde, juntos ya cuatro jesuitas, se les intimó y leyó el decreto de su Majestad, en que mandaba saliesen todos de sus dominios. Añadiendo que prohibía a todos sus vasallos el hablar o escribir ni en pro ni en contra de esta su real determinación. Nosotros, en obediencia de este superior mandato, nos abstenemos de toda crítica en esta materia y sólo referimos históricamente el modo con que se ejecutó este destierro en la parte que pertenece a nuestro asunto.³³ Después de esta intimación, por encargo del gobernador, escribió el padre visitador a todos los padres ausentes avisándoles que saldrían luego de Loreto los oficiales del presidio, enviados del señor gobernador a las misiones para hacer inventario en cada una de todo lo que había en ella. Que acabados los inventarios, los padres que estaban en los dos extremos de sur y norte saliesen de sus misiones a juntarse con el misionero más vecino; y después esos dos pasarían a la misión siguiente, donde se les agregaría el padre de ella, y así de los demás, caminando todos hacia Loreto como a un centro, para embarcarse: prosiguiendo todos en el oficio de misioneros, como antes, hasta el tiempo de salir cada uno de su misión. Que en una petaca o baúl pudiesen llevar la ropa de vestir necesaria, un solo libro espiritual, otro de moral y otro histórico,³⁴ pero nada de plata, y mucho menos oro caso que en alguna misión hubiera algo de esto. Que, llegados a Loreto, se entregarían las llaves de las petacas al señor gobernador para que pudiera ver lo que cada uno llevaba. Así se ejecutó, y los padres salieron de sus misiones, y de la California sin cosa alguna de plata ni oro ni perlas ni otra alhaja preciosa.

Y en cuanto a perlas, como los padres tenían estrecha prohibición de sus superiores de intervenir, ni aun indirectamente, en el buceo o pesca de ellas, y para rescatarlas o comprarlas, y todo esto lo observan escrupulosamente, y con empeño para que nadie pudiera

³³ Estas palabras de Del Barco parecen reflejar a la vez su carácter escrupuloso y el sentido que tenía de la responsabilidad de quien escribe historia.

³⁴ Tal vez esto último ayude a explicar cómo el padre Ignacio Tirsch pudo llevar consigo el cuaderno con las pinturas que había preparado sobre el mundo de la naturaleza y las costumbres en California. Véase a este respecto lo dicho en las notas 67 y 68, de nuestro “Estudio preliminar”.

tener ni aun el menor fundamento de tacharlos en esta materia, no tenían perlas; ni aun en sus iglesias, a excepción de la de Nuestra Señora de Loreto que tenía varios hilos de ellas que los buzos y otras personas, ya por devoción, ya por alguna promesa, habían dado a esta santa imagen para su adorno en las principales festividades. Si en alguna de las otras iglesias (que sería muy rara) se halló alguna perla, fue dádiva de los fieles a alguna imagen con semejante motivo, lo cual no debía impedirse. Volvamos a nuestra narración.

El capitán Rivera fue de comisionado a las misiones del norte con orden de quedarse en San Borja, como en frontera, con gruesa escolta (porque la misión de Santa María, estando tan a los principios, no podía en ausencia de los padres, subsistir, si no se tomaban nuevas providencias) para mantener en quietud aquellos nuevos cristianos, mientras llegaban los padres franciscanos, sus nuevos misioneros; los cuales, se persuadía el gobernador, que estarían en Loreto antes de salir los antiguos. Mas no fue así, porque pocos días antes que éstos se embarcaran, se supo que habían llegado al sur, después de ochenta días de navegación, y siéndoles necesario detenerse allí algún tiempo, y navegar después contra el viento hasta Loreto, es verosímil que tardasen aún otro mes. De la balandra nada se supo mientras los jesuitas estuvieron allí. Encargó el gobernador que los padres, antes de salir de sus respectivas misiones, hicieran a sus indios pláticas o sermones, en que les exhortasen a permanecer en quietud, no sólo en las circunstancias presentes de ausentarse sus antiguos padres, sino también bajo la dirección de los padres franciscanos, y con el nuevo gobierno que se iba a establecer. Hicieronlo así los padres y los indios no dieron señal alguna de alboroto, y sólo mostraron con lágrimas su sentimiento de que se les fueran sus padres, y especialmente al salir éstos de las misiones fueron tales sus llantos y gritos que no podía dejar de enternecerse el corazón más duro.

Por lo demás, toda la península quedó en paz y su gente tan mansa, tan pacífica y tan arraigada en nuestra santa fe (por lo menos en las misiones algo antiguas) que parecía muy difícil que en algún tiempo apostatasen de ella, ni que se rebelasen contra el rey o sus ministros. En este estado dejaron los padres estas misiones. Y habiéndose juntado todos en Loreto el dos de febrero, día de la

Purificación de la Santísima Virgen, se embarcaron el siguientes tres del mismo, del año 1768, quince padres sacerdotes y un hermano coadjutor, que fueron los siguientes, puestos según la antigüedad que tenían de misioneros en la California, exceptuando el que era superior, que se pone en primer lugar.

Padre visitador Benno Ducrue, misionero catorce años.

Padre Lamberto Hostell, misionero treinta y un años.

Padre Miguel del Barco, misionero treinta años.

Padre Juan Xavier Bischoff, misionero veintitrés años.

Padre Jorge Retz, misionero diecisiete años.

Padre Jacobo Baegert, misionero diecisiete años.

Padre Francisco Inama, misionero diecisiete años.

Padre Francisco Escalante, misionero once años.

Padre Lucas Ventura, misionero once años.

Padre Joseph Rothea, misionero nueve años.

Padre Ignacio Tirsch, misionero seis años.

Padre Wenceslao Linck, misionero seis años.

Padre Victoriano Arnés, misionero cuatro años.

Padre Francisco Xavier Franco, misionero cuatro años.

Padre Juan Joseph Díez, misionero tres años.

Hermano Juan Antonio Villa-Vieja, tres años.

Desde que el venerable padre Juan María de Salvatierra comenzó esta conquista a mediados de octubre del año 1697, hasta que salieron de ella los jesuitas, pasaron setenta años, tres meses y medio. En este tiempo redujeron a la fe de Jesucristo, y a la Real Corona de España, toda la gente contenida entre los 22 grados y medio de latitud, en que está el Cabo de San Lucas, y el 31 en que se fijó la misión de Santa María, espacio que ocupa más de trescientas leguas de camino, por la mayor parte áspero y molesto. En el mismo espacio de tiempo murieron en la misma California y quedaron sepultados en ella igual número de jesuitas, y de igual grado que los ya referidos que salieron desterrados, esto es, quince sacerdotes y un hermano coadjutor: y son los siguientes, según el orden en que murieron:

Padre Francisco María Píccolo

Padre Juan de Ugarte

Padre Lorenzo Carranco*
Padre Nicolás Tamaral*
Padre Julián de Mayorga
Padre Jaime Bravo
Padre Francisco Xavier Wagner
Padre N. Jugo
Padre Antonio Tempis
Padre Clemente Guillén
Padre Jacobo Druet
Padre Pedro María Nascimben
Padre José Gasteiger
Padre Fernando Consag
Padre Carlos Neumayer
Hermano Juan Bautista Mugazábal³⁵

Adviértase que el padre N. Jugo no fue misionero de la California pero murió en ella, porque, enviado de su provincia de Filipinas como procurador a las cortes de Madrid y Roma, llegó en el galeón de Manila a San José del Cabo ya enfermo, y por no estar por entonces para poder proseguir su viaje, se quedó allí, como solían otros pasajeros, al cuidado del padre misionero en donde, agravándose la enfermedad murió poco después y fue el año de 1746.³⁶

³⁵ Están seguidos de un asterísco aquellos que murieron a manos de los indios. Obviamente, al número de los jesuitas que salieron exiliados y al de aquéllos que habían muerto antes en la misma California, deben sumarse los que, a lo largo del periodo misional, trabajaron en ella durante algún tiempo y retornaron después a Nueva España. Una lista, en la que se ha intentado incluir a todos da un total de 56, entre sacerdotes y hermanos coadjutores. Véase Peter M. Dunne, *Black Robes in Lower California*, Berkeley y Los Ángeles, The University of California Press, 1952, p. 452-453.

³⁶ Incluimos en seguida una importante adición, puesta por Del Barco en este mismo lugar, en la que, a modo de apéndice, trató con algún detalle de la entonces todavía debatida cuestión acerca de la peninsularidad de California. El propio Del Barco escribe a modo de introducción: "A la nota que se halla en la página 195 del tomo III, de la *Noticia de la California*, al fin del viaje por mar al río Colorado, que hizo el padre Fernando Consag el año de 1746, se debe añadir esta adición." La referencia de la *Noticia* corresponde a Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943, t. III, p. 120.



ADICIÓN AL DERROTERO DEL VIAJE DEL PADRE CONSAG
DEL AÑO DE 1746

Porque algunos, aún después de publicado este derrotero y viaje, dudan si hay algún estrecho por donde el golfo californico, hacia su remate, se comunique con el mar del sur, y por consiguiente si la California es o no isla, ha parecido necesario, para cerrar la puerta a toda cavilación, referir con más claridad lo que pasó en el fin de este viaje, y cercanías del río Colorado, que es donde se puede sospechar que algunos duden si, de la parte de la California hay o no tal estrecho. Pues lo restante de este derrotero hasta los pantanos colorados, que están pasado San Buenaventura, y hasta cerca del fin de ellos y del golfo, tiene tan menudamente demarcada la costa, que hace patente el no haber en todo este tracto de tierra estrecho alguno para la comunicación de los dos lados. Por la parte de la Pimería, los repetidos viajes que hizo el padre Eusebio Francisco Kino a fines del pasado y principios de este siglo, caminando por tierra desde la Pimería hasta el río Colorado, y alguna vez hasta su desemboque en el golfo, hacen evidente que por aquella parte no hay brazo alguno de mar hasta el citado río.³⁷ Lo cual se confirma más con el último viaje que, hacia la mitad del presente siglo, hizo el padre Jacobo Sedelmayer desde su misión de Tubutama, en la Pimería, hasta el mismo río, de que fueron testigos varios soldados que le acompañaban.³⁸

Es preciso confesar que el padre Consag se explicó con poca claridad en la conclusión de su derrotero y relación de este su viaje. Y por haberme yo hallado en aquel tiempo de misionero en la California, y haber tenido comodidad de informarme de todo lo que pasó por los mismos que hicieron el viaje, luego que volvieron de él; porque no se pierda esta memoria, diré lo siguiente en confirmación y explicación de lo que requiere el citado derrotero.

Con el recio temporal, que el día 12 de julio padecieron hacia el fin de los pantanos, se separaron las canoas. La mayor, en que

³⁷ Véase a este respecto, Ernest J. Burrus, S. J., *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Tucson, Pioneer's Historical Society, 1965.

³⁸ Véase, respecto del padre Sedelmayer, la nota 4 de este capítulo.

iba el padre Fernando Consag, después del trabajo y peligro grande de naufragar en que estuvo, como se refiere en el derrotero, aplacado el mar, salió del pantano mar afuera y así se halló más cerca de la costa de la otra banda que de la California y, no obstante, determinaron volver a ésta; porque, siendo necesario sacar a tierra a orear la ropa y bastimentos mojados en la tormenta (por no tener cubierta las canoas), se juzgó por más segura la de la California, por ser tierra más conocida, así para el caso de alguna incursión de los bárbaros, como para cualquier otro acontecimiento. Así lo hicieron y, declinando los pantanos, llegaron la mañana del día trece a San Benaventura en 32 grados de latitud, paraje al norte de San Felipe de Jesús y a no mucha distancia de él. Allí sacaron a tierra la carga, la tendieron para que se secara, y vararon la canoa. Alguna gente de ella salió a registrar la tierra y buscar aguas que no pudieron hallar sin embargo de haber gastado casi día y medio en su busca. Mas, en fin, el día catorce se halló agua bebediza, derrame del río Colorado. Este día llegó la canoa menor a este paraje, la cual, viendo que no parecía la mayor en que iba el padre, determinó el salir a buscarla y la halló con mucho consuelo de una y otra gente. La que iba en ésta dio noticia al padre y a los demás que las otras dos canoas, aunque mojada la gente y la carga el día del temporal, tuvieron la buena suerte, después de montada la punta del pantano, de hallar una orilla en que abrigarse en el mismo desemboque del río Colorado. Y habiendo ayudado el quince y el dieciséis a los de la canoa mayor en la faena de hacer aguada, se restituyó en diecisiete al paraje donde estaban las otras, cerca de la primera isla del citado río.

Por este medio supieron los que allí estaban que la canoa mayor con el padre, y toda su gente, quedaban salvos en San Buenaventura, con lo cual salieron del cuidado en que estaban por esta causa. Estas canoas, luego que llegaron al desemboque y el tiempo les dio lugar, sacaron a tierra su carga y ropa para secarla. Entretanto salieron algunos el día catorce a registrar aquellos contornos y hallaron mucha huella de gente y de caballadas. En los días siguientes, hasta el veinticuatro, permanecieron en el río haciendo los esfuerzos que pudieron para subir con las canoas río arriba, mas su rápida

corriente, con que descarga en el golfo, no les permitió subir mucho. En fin, en estos días descubrieron las tres islas, que están en la caja del río y sucedió lo demás que refiere el derrotero.

Trece indios californios, de los que habían ido en las canoas (acaso cansados de tanta detención en el río, o por no volver tanta gente en las dos canoas que quedaban después de la pérdida de la tercera), sabiendo que el padre Fernando estaba en San Buenaventura, determinaron caminar allá por tierra, dejando las canoas en el río con la demás gente de ellas, no dudando que, caminando desde allí por la orilla del mar, de la parte de la California, llegarían a San Buenaventura sin haber mar, ni otra cosa que les embarazase el paso, como los que navegando por los pantanos, hasta el remate del golfo, habían visto que su tierra se continuaba sin interrupción alguna hasta el mismo río. Así lo ejecutaron poniéndose en camino sin más prevención que dos o tres botas de agua. Poco después siguió este ejemplo un soldado llamado Felipe Romero, tan confiado de que el viaje sería breve que ni aun llevó consigo un poco de agua para apagar la sed, de que tuvo bien que arrepentirse, porque el camino era realmente mucho más largo de lo que él se había imaginado, y caminando por aquellos dilatados arenales en seguimiento de los indios que habían salido primero, y que no pudo alcanzar, comenzó a ser fatigado de la sed, la que por instantes se iba aumentando con el calor y la fatiga del camino. Llegó a tanto que le pareció ya desfallecer, que le era imposible el proseguir y necesario morir allí. Con este pensamiento escarbó un poco la arena y se acostó en aquel pequeño hoyo para que le sirviera de cama y de sepultura. Mejor lo ordenó la Divina Providencia, disponiendo, para su remedio, que a otro soldado, de los que quedaban en el río, llamado N. Melgarejo (extremeño de Badajoz o sus cercanías), se le antojase también el volverse a pie hasta San Buenaventura por el mismo rumbo que tomaron los que habían salido primero. Y sin prevención alguna comenzó a caminar siguiendo las pisadas de aquéllos.

Después de mucho caminar con no pequeña fatiga, llegó al sitio donde estaba Romero, y viéndole tendido con visos de enfermo o de moribundo, le preguntó, ¿qué hacía allí?, ¿qué le había sucedido? Respondió Romero que, por la intolerable sed que padecía, y por el cansancio, no pudiendo pasar adelante, se quedó a morir allí.

Oyendo esto Melgarejo, comenzó a exhortarle con cuantas razones pudo a que se animase a proseguir en su compañía lo restante del camino. No tuvo agua ni otra cosa con que socorrer al descaecido, pero sus ruegos y razones fueron bastantes para que se alentase a caminar, y en fin llegaron los dos al término deseado en donde pudieron resucitarse y recobrar las fuerzas perdidas. Antes que éstos, habían llegado los indios que salieron primero del Colorado, y unos y otros dieron razón al padre Consag y a sus compañeros, de sus trabajos, del curso que trae el río en las cercanías de su desemboque, de la situación del estero arqueado, que está casi al fin del seno, ya allí estrecho, y en las inmediaciones del mismo desemboque, y que este estero, en figura de arco deja con su curvatura formada una isla, que está enfrente de la curvatura de los pantanos. El día veinticinco del mismo julio llegaron a San Buenaventura las canoas con la gente que había quedado en el río, y confirmaron lo que habían dicho los que volvieron por tierra, añadiendo lo que les sucedió después, según se refiere en el diario o derrotero.³⁹

Esta venida por tierra de algunos (que como queda dicho fueron quince hombres, esto es, trece indios y dos soldados) la insinúa el padre Consag en dos lugares de su diario; mas con tanta brevedad que deja algo obscura su inteligencia. El día veinticuatro de julio dice así: “Los que volvieron a pie de la exploración dieron noticia que el río traía su curso por la serranía, que esta al lado de la California.” Esto escribe desde el puerto de San Buenaventura, y con lo que dejo referido se entiende lo que el padre quiso decir: quiénes, desde dónde, y hasta dónde anduvieron a pie. Al día veinticinco del mismo mes dice lo siguiente: “Quince hombres anduvieron algo por tierra, dieron razón de la situación del estero, que está en la punta de los pantanos, y está demarcado en el mapa.” Este estero es el arqueado, de que habla el día once; y los que volvieron por tierra desde el río hasta el citado paraje en donde estaba el padre, tuvieron más comodidad de observar su situación y su figura. Habiendo, pues, caminado a pie esta gente por la playa desde el mismo río Colorado hasta San Buenaventura, sin haber atravesado estrecho alguno de mar, hace patente

³⁹ Alude al derrotero de esta expedición de Consag en 1746, incluido como apéndice III, en el tercer volumen de la *Noticia de la California*.



y clara evidencia, que la tierra de la California llega continuada y sin interrupción alguna hasta el muchas veces citado río.

Y si alguno aún replicare que esta decantada evidencia se hiciera lugar entre los sabios, si el padre Fernando Consag, como examinó por sí mismo exactamente lo restante de la costa hasta San Buenaventura y aun hasta el fin de los pantanos, a donde llegó, hubiera de la misma suerte reconocido aquel corto trecho de costa que hay entre los pantanos y el Colorado, a la diestra de este río, pero estribando la averiguación de este pequeño tracto de mar y de costa, en el dicho de algunos indios y pocos soldados desconocidos, de cuya veracidad puede dudarse, quedamos otra vez en la duda sobre el punto de que tratamos. Porque, aunque hubiera un estrecho de mar, que corriera desde las inmediaciones del Colorado hasta el mar del sur, porque no pudieran los que estaban con las canoas en el río haber transportado en ellas a los quince hombres hasta la otra parte del fingido estrecho, y allí ponerlos en tierra, para que, caminando por ella hasta donde estaba el mencionado padre, le persuadiesen que, como llegaban allí, de la misma suerte habían caminado desde la orilla del mismo río. Y de este modo hacerle creer aquello en que todos se hubiesen convenido, esto es que no hay tal estrecho.

Parece que no se puede oponer más contra la afirmada evidencia pero ésta quedará más ilustrada satisfaciendo plenamente a la cavilación opuesta.⁴⁰ Lo primero es totalmente increíble que cincuenta o sesenta hombres que había en las tres canoas, que estaban en el río, de diversas naciones, opuestas o poco conformes entre sí, españoles, indios de la provincia de Sinaloa, de la California y de otras partes, conspirasen todos a mentir y engañar, no sólo al padre Consag, sino también al mundo sin tener en eso algún interés que les moviese, sin esperar algún premio de su mentira, y sin temer algún mal que les pudiese resultar si dijese la verdad. No había aquí el incentivo de contar que han visto cosas extraordinarias en lejanas tierras para excitar la admiración de sus oyentes, cosa a la verdad que ha movido a muchos a fingir maravillas hasta llegar a lo inverosímil; pues en nuestro caso todo su acerto se reducía a decir sencillamente

⁴⁰ También aquí volvemos a encontrar otra nueva disquisición, a modo de alegato escolástico, tan del agrado de Del Barco.

que no había el estrecho que algunos antes habían imaginado. Lo cual no era cosa que moviera a la admiración de nadie, mucho menos en la California en que, por el viaje del padre Juan de Ugarte, por mar, año de 1721, y aun por los del padre Kino, por tierra desde la Pimería hasta el desemboque del Colorado en el golfo, se tenía por casi cierto el que no había tal estrecho. El citado padre Ugarte y su comitiva, aunque no llegaron al mismo río, estuvieron tan cerca de su desemboque que, dado fondo a la izquierda de él en la costa que sigue de la Pimería, observó desde allí sus avenidas, y los troncos de árboles, horcones, leños quemados y otras cosas que traía, como suelen en tales ocasiones los ríos. Desde este paraje miraban la costa de la Pimería claramente, como los que la tenían inmediata, que corre seguida y sin alguna interrupción hasta el río. Asimismo vieron despacio, desde el mismo sitio (en el cual se detuvieron dos o tres días), la tierra de la California continuada hasta el mismo río, si bien por estar más lejos, no podían asegurarse tanto de esta parte, como de la de la Pimería. El tiempo de turbonadas y otras circunstancias no les permitieron mayor averiguación. El padre Ugarte decía después a los padres, *que le parecía* cierto, por lo que vio y observó, que aquel golfo no tiene comunicación alguna con otro mar por la parte del norte, si bien esta certeza no era tanta que se atreviese a jurarlo. Esto se sabía en la California y así nuestros exploradores no podían esperar que moviesen a admiración con decir que no había estrecho alguno de comunicación con otro mar.

Lo segundo, es no menos inverosímil que, si no fuera verdad, contarán al padre Consag en San Buenaventura, los quince hombres que desde el río Colorado hasta allí habían caminado siempre por tierra, sin atravesar estrecho alguno, y le refiriesen lo que habían visto en el mismo río, confirmando esto mismo después los que llegaron en las canoas de regreso del Colorado, y en particular que, desde la orilla de éste comenzaron su camino los ya dichos, volvieron a pie; es, digo, totalmente inverosímil, si no fuera verdad, que todo esto lo refiriesen al padre en un sitio desde donde podía salir sin mucha dificultad en su canoa a reconocer por sí mismo el río, y lo demás que le habían dicho, dirigiendo su rumbo algunos de los ya prácticos en aquel peligroso tracto de mar. No se puede sospechar que quisiesen exponerse a este riesgo principalmente los soldados



que eran de punto y honras; y pudieran temer, fuera del bochorno y la vergüenza que su capitán, vueltos al presidio, los castigase por tal infidelidad.

Lo tercero, aun supuesto el caso que los soldados, o algunos otros indujesen y persuadiesen a los demás a encubrir la verdad, era imposible que los indios californios, principalmente los de la misión de San Ignacio (que tanto estimaban a su padre misionero Fernando), no le declarasen a solas la ficción y el engaño. Y cuando hubiera alguno u otro tan reservado que le ocultara esto (lo cual era bien difícil), es imposible que, entre veinticinco indios poco más o menos que serían de dicha misión, no hubiera ni uno que dijera en su lengua al padre: te engañan, no es así lo que dicen, etcétera. Es cierto que los californios saben mentir y fingir mucho. Mas cuando la ficción o el engaño naciera de los soldados, o de gente de otras tierras, aunque ellos hubieran sido sobornados para cooperar al intento, era imposible, según su genio, que estuvieran muchos días sin decirlo al padre y descubrir la trama. Y por lo menos la hubieran descubierto a alguno de aquellos sus paisanos que acompañaban en la misma canoa al padre, y no estuvieron en el río, el cual, sabido esto, no podría sosegar que descubriese esta novedad al mismo padre. A quien conoce el genio de los californios y la confianza con que tratan a sus misioneros, esta razón sola basta para tener por indubitable la verdad de que tratamos

En la presente materia y circunstancias en que nada tenían que esperar, ni temer, por ocultar ni por decir la verdad, el dicho solo de seis u ocho soldados que estuvieron dentro del Colorado, debía bastar para no dudar ni aun ligeramente de lo que contestes afirmaban, principalmente el no haber visto estrecho alguno, desde el río Colorado hasta San Buenaventura, y que los que, desde aquel sitio hasta éste volvieron por tierra, comenzaron este camino desde la orilla diestra del mismo río, sin haberlos visto más hasta que los hallaron en San Buenaventura al tiempo de su regreso. Debían, digo, ser creídos, por ser allí conocidos por hombres de verdad y de juicio. ¿Cuánto más deben creerse concurriendo a afirmar lo mismo tantos otros de tan diferentes naciones, inclinaciones y costumbres? Pues, accediendo al dicho de tantos el de los californios de la misión de San Ignacio, que deben considerarse como el contraste o piedra

de toque para descubrir su valer, llega ya a tal grado de certeza que no admite duda, ni aun prudente sospecha. El padre Fernando Consag, como tan discreto y avisado que era, conocía bien todas estas razones y circunstancias, que dejó insinuadas, y es de creer que, teniendo por indubitable lo que afirmaban sobre el presente asunto los de su comitiva, le pareció superfluo el navegar aquel corto trecho que hay hasta el Colorado (que es menos de un grado de latitud), para examinar por sí mismo la verdad, principalmente cuando tenía ya la gente cansada, maltratada y en parte enferma, teniendo aún que trabajar en el regreso para reconocer algunos parajes y puertos que a la ida no pudieron reconocer.

De todo lo dicho hasta aquí se infiere que el haber retrocedido el padre Consag a San Buenaventura, por razón de la tormenta y no haberse hallado con los demás en el Colorado, no sólo no debilita para nosotros la certeza de no haber estrecho de comunicación con otro mar sino que esto mismo sirvió para que esta verdad se conociese más clara y evidente. Porque si con los demás hubiera el padre llegado al río, reconocido éste, y visto que las playas del golfo, de uno y otro lado, sin interrupción alguna corren estrechándose hasta rematar en el mismo río, que solo las separa, es natural que, satisfechos con su vista, se hubieran vuelto sin más examen (especialmente cuando ya los pantanos, ya otros estorbos les pudieran haber impedido el arrimarse con las canoas a examinarlo todo hasta la misma playa, desde el río hasta los pantanos). Y en este caso pudiera decir alguno que en aquel corto tracto de mar, hacia donde se halla el estero arqueado, acaso está el estrecho de que tratamos, pues pudiera suceder que corriera éste a espaldas de alguna colina cercana al mar, que le ocultara a la vista de quien mira desde el golfo un poco lejos, como sucede en la misma California con el Puerto escondido, cerca de Loreto, que aun navegando bastante cerca, no se advierte que hay tal puerto. Pero habiendo retrocedido el padre y sabiendo los que estaban en el río que se hallaba en San Buenaventura, esto dio ocasión a que se animasen varios de ellos a caminar por tierra hasta el mencionado sitio, desde la orilla del mismo río, y lo pusieron por obra del modo que queda referido, sin pasar por agua, ni hallar otro estorbo que arenales y sequedad, caminando por la playa. El padre mismo los vio llegar por tierra, no

todos juntos, sino unos primero y otros después, o en diversos días. Lo que le contaron los primeros confirmaron después los segundos. Venidas últimamente las canoas con el resto de la gente, hablaban éstos sin discrepancia lo mismo que habían dicho aquéllos, principalmente sobre la materia en cuestión.

El haber vuelto por tierra a pie trece indios, y después dos soldados, hace evidencia clara y manifiesta que en todo aquel trecho que ellos anduvieron a pie (y es el único de que se pudiera de algún modo dudar), no hay estrecho alguno, ni brazo de mar que estorbe el paso. Y como estos quince hombres no hubieran vuelto por tierra, si el padre con su canoa hubiera llegado con los demás al río, se concluye ser verdad lo que decíamos arriba, que el haber regresado el padre Consag a San Buenaventura fue ocasión de que la verdad, de no haber estrecho de comunicación con otro mar, se hiciese más manifiesta y más evidente.

Resumiendo brevemente lo que está averiguando en esta materia, digo que es cierto lo primero, que el golfo o seno californico, corriendo por 10 grados o algo más, de latitud, se va estrechando poco a poco hasta rematar y acabar en aquel paraje por donde se desagua en él, por dos bocas, el río Colorado, a los 33 grados de latitud, con poca diferencia.⁴¹ Esto consta no sólo de los viajes por mar de los antiguos españoles, Francisco de Ulloa, año de 1537, y Francisco de Alarcón, el de 1540, sino también del que hizo por tierra el año de 1702 el padre Kino, acompañado del padre Martín González, hasta el desemboque del citado río en el seno californico; y por mar el padre Ugarte, año de 1721, y el padre Consag el de 1746. Es cierto lo segundo, que desde la Sonora y Pimería hasta el río Colorado se camina por tierra sin encontrar mar alguno, sin estrecho ni ancho que pueda estorbar el paso. De esta suerte caminaron por tierra repetidas veces, como arriba queda insinuado, el citado padre Kino y el padre Sedelmayer en diversos tiempos, desde las dichas provincias hasta el río, de que fueron testigos los muchos que acompañaron a estos padres en cada uno de sus viajes, así españoles como indios.

⁴¹ En realidad peca aquí Del Barco de error por exceso. La desembocadura del río Colorado se halla por debajo del paralelo 32.

Es cierto lo tercero, que por la parte de la California corre la costa continuada, desde la punta más austral de ella, hasta el mismo río Colorado, sin hallarse estrecho alguno de mar que la interrumpa y por donde pueda el golfo comunicarse con otro mar. Esto consta porque las misiones establecidas por los jesuitas hasta el año de 1767 llegaban desde el Cabo de San Lucas, a los 22 y medio grados de latitud septentrional, hasta el 31, en que está la bahía de San Luis Gonzaga, cerca de la cual se estaba fundando el dicho año de 1767 la misión de Santa María, trajinándose tan dilatado país, por tierra y por mar, con la frecuencia necesaria. Desde esta bahía de San Luis hasta San Buenaventura, que está a los 32 grados, el padre Consag con los de su comitiva (que eran ochenta personas con poca diferencia), en cuatro canoas examinó y registró la costa con la mayor exactitud, como se ve en su diario. Y por lo que mira a lo restante de esta costa, salieron las cuatro canoas de San Buenaventura para llegar al remate del golfo y río Colorado. Solas tres pudieron llegar a entrar en el mismo río, cuya gente se detuvo en él no menos que doce días, los que gastaron, parte en navegar río arriba y parte en reconocer sus islas, sus márgenes, sus cercanías de una y otra banda, situación, y fin del golfo, cuyas costas tan de cerca miraban separarse sólo por el río. Y sobre todo, lo que muestra con más evidencia que desde San Buenaventura hasta el río Colorado no hay estrecho alguno de mar, es el haber caminado quince hombres por tierra siguiendo la playa por toda la distancia que hay de uno a otro paraje, a vista de todos los demás, de los cuales unos los vieron comenzar su camino desde el río y otros los vieron llegar al sitio mencionado de San Buenaventura. Conclúyese, pues, que es cierto, con tal certeza que no admite duda alguna, que la California no es isla sino península, unida por la parte del norte, con el continente de Nueva España y de América.⁴²

⁴² Lo expuesto por Del Barco, aunque seguramente no fue conocido por sus contemporáneos ya que su trabajo permaneció inédito, constituye un excelente resumen de la información disponible en su tiempo, debidamente interpretada, en tono a la peninsularidad de California. Nuestro autor que, al tratar de otros diversos asuntos, se mantiene con frecuencia dubitante, juzga tener aquí en cambio tal fuerza de evidencia que no vacila en escribir en conclusión, “que es cierto, con tal certeza que no admite duda alguna, que la California no es isla sino península [...]”.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS